

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

LOS PERTURBADORES

glenn parrish

CIENCIA FICCION



eb

**LA CONQU
DEL ESPA**

**GLENN
PARRISH**

LOS PERTURBADORES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 284



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 45.315 – 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: ENERO, 1976

© **GLENN PARRISH** - 1976

texto

© **JORGE NUÑEZ** - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,**
S.A.

CAPITULO PRIMERO

Escortado por tres o cuatro individuos, que emitían mordaces comentarios, el prisionero caminó hasta llegar a la escotilla abierta de par en par, donde aguardaba el comandante de la nave, un hombre de dos metros de altura, musculatura de rinoceronte y mirada de fiera.

El capitán Ulanthor tenía los brazos cruzados sobre el poderoso pecho. Era un sujeto curioso; llevaba la cabeza completamente afeitada, a excepción de un mechón sobre el cogote. Como su pelo era tan rojo como el fuego, el resultado no podía ser más espectacular, sobre todo si se contemplaba su llameante barba de collar. Ulanthor, extrañamente, no usaba bigote.

A sus pies había un par de bultos. Dos de los tripulantes de la nave ayudaron al prisionero a colgárselos, uno en la espalda y otro en el pecho.

—Chick Gander, ¿sabes por qué te expulso de mi nave? —preguntó de repente el capitán Ulanthor, a media voz. Cuando gritaba, se aflojaban los remaches del casco.

—Sí... sí, señor... —tartajeó el prisionero—. Yo... yo quería poner una ta... una ta...taberna a bo...bordo...

—Has estado bebiendo otra vez, Gander —rugió Ulanthor.

—Só...sólo un tra...traguito..., capi...capitán...

—¡Fuera con él; no quiero borrachos en mi nave!

Alguien levantó un pie y lo aplicó a las posaderas de Gander. El que ya era exprisionero, salió disparado al vacío.

La tierra firme estaba a unos cuatro mil metros más abajo. Algunos de los tripulantes se inclinaron para ver caer a Gander.

—Por ahí hay Amazonas, ¿no? —dijo uno.

—Parece, pero yo no las he visto nunca.

—A mí no me gustaría verlas —comentó otro—. La vida en la tierra de esas mujeres es un infierno. No matan a los hombres, como dicen las leyendas, pero los hacen trabajar como bestias.

—Vaya un panorama...

—Cuando llega el tiempo, cada amazona elige su pareja. Una vez que sabe va a tener un hijo, el «marido» es enviado a las minas.

—Minas, ¿de qué?

—Y eso, ¿qué importa?

—Oye, Gander sigue cayendo sin abrir el paracaídas.

—¡Se hará tortilla!

—¡Eso no os interesa, rufianes! —bramó el capitán Ulanthor—. ¡A vuestros puestos!

El paracaídas se abrió a los dos mil metros.

Gander contempló el suelo, que ahora se le acercaba lentamente.

—Estoy apañado —gruñó.

Su afición al alcohol le había costado la expulsión de la nave. El capitán Ulanthor era muy expeditivo en los castigos.

A Ulanthor no le importaba que sus hombres se emborrachasen en los astropuertos de escala. A bordo de su nave, la *Spacegull*, no admitía, sin embargo, la menor relajación en su disciplina.

Gander conocía los motivos de tan férrea disciplina. Pero esto era algo que a él le había importado muy poco.

Por eso estaba cayendo ahora hacia aquel planeta que se suponía salvaje y habitado por seres humanos de una ferocidad inimaginable. Los dos mil metros de caída libre habían despejado en su mayor parte los vapores del alcohol.

Ulanthor le había lanzado al planeta con un para-caídas y una mochila en la que había los elementos mínimos de supervivencia: unas latas de alimento concentrado, un tubo de celulina hemostática, para posibles heridas, un encendedor eterno y un cuchillo de caza. Nada más.

Gander vio que el suelo se le acercaba. Aquel planeta, Ur-Ki, parecía muy agradable, al menos a primera vista.

Había grandes extensiones cubiertas de verdor, con árboles en abundancia y algunas corrientes de agua, que le impedirían morir de sed. Donde había vegetación, se dijo Gander, habría animales que resultarían sabrosos asados

en un buen fuego.

Podía suceder que hubiera fuego. Gander se dijo que lo primero que tendría que hacer era construirse un arco y flechas...

—No, primero, un venablo —rectificó, cuando ya estaba solamente a cien metros del suelo.

La temperatura era muy agradable. A unos trescientos metros del lugar en que iba a tocar tierra, divisó un arroyo, con un par de cascadas.

Llegó al suelo. A lo lejos, a su izquierda, vio unos arbustos que llamaron poderosamente su atención. Pero, por el momento, estaba muy ocupado en quitarse los arneses del paracaídas.

La mochila con los elementos de supervivencia quedó a la espalda. Gander se dijo que podría construirse una tienda con el paracaídas, al menos, para el tiempo malo.

Gander era, por otra parte, un tanto filósofo, lo que le hacía acomodarse con rapidez a toda clase de situaciones. En pocos días, tuvo instalado su campamento.

Estaba a pocos pasos del arroyo, que le suministraba agua para beber y para la higiene. Después de construir el venablo, hizo un arco y flechas. Cazó y se olvidó de la comida concentrada del equipo de supervivencia.

Empezó a pensar si sería conveniente buscar semillas. Quizá encontrase trigo o algo por el estilo.

Por el momento, no había visto seres vivos con inteligencia. Gander, sin embargo, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse con alguno de los feroces habitantes de Ur-ki.

Una vez concluidos los primeros trabajos, Gander se dijo si sería conveniente construirse una vivienda segura en un árbol. Entonces, un día que se había alejado un poco del campamento, vio más de cerca aquellos arbustos que tanto habían llamado su atención a poco de aterrizar.

—¡Cielos! —exclamó, al reconocer la clase de vegetal.

Inmediatamente, empezó a trabajar. Lo primero que hizo fue cocer un cacharro de barro de buenas dimensiones. Cuando los tuvo listos, en veinticuatro horas, fue a las parras silvestres. Las uvas estaban apetitosamente maduras.

Gander exprimió una gran cantidad de uvas en la primera olla. Con un pedazo del paracaídas, que le había sobrado de la tienda, filtró el mosto. Le añadió una ligera cantidad de agua, porque había resultado muy espeso. Gander estuvo a punto de saltar de alegría: en el segundo cacharro de barro, tenía lo menos diez litros de buen vino.

Claro que faltaban todavía las etapas de fermentación, decantado, purificación, y demás, pero no le importó: haría verdadero vino más adelante.

De momento...

De momento tenía lo suficiente para agarrar una espléndida cogorza..

* * *

La mujer se detuvo junto al hombre que dormía sobre la hierba, roncando sonoramente. Era alta, robusta, de formas rotundas, cubiertas apenas con unos pedacitos de piel. Tenía el pelo claro, lo mismo que los ojos, y la piel que se veía al descubierto estaba muy tostada.

La mujer empuñaba una lanza de dos metros y medio de largo. A la espalda llevaba un arco y flechas.

Ella vio que el hombre, en su actual estado, resultaba inofensivo. Le golpeó con un pie envuelto en pieles, pero el hombre no contestó, ni se despertó ni cambió de postura.

De pronto, un olor llegó a la mujer. A pocos pasos, divisó una especie de olla de barro. Se acercó.

El olor era bastante agradable. La mujer se arrodilló, agarró la olla con ambas manos y bebió.

Primero, un traguito, luego unos cuantos sorbos. En total, más de un litro de aquel líquido oscuro y dulzón, de sabor tan agradable.

Myrthis empezó a ver las cosas con muchísimo optimismo. De pronto, sintió ganas de reír, cantar y bailar. Hizo todo y, al cuarto de hora, se desplomó sobre la hierba. Levantó la pierna derecha, muy bien formada, un par de veces, lanzó una risita y se quedó dormida.

Gander despertó más tarde, notando una sensación que conocía muy bien. Torpemente, se encaminó al arroyo, se desnudó y se dio un baño que le dejó como nuevo.

Cuando terminó, regresó al lugar donde había dejado la olla con el mosto. Entonces fue cuando vio a la mujer.

—Vaya, la primera amazona —exclamó.

Ella dormía como un tronco. Gander se arrodilló a su lado.

Sonrió.

—La ha pescado buena —dijo.

Se levantó. La amazona era muy guapa. Pero las armas que tenía a su lado, le hicieron desconfiar. Por si acaso, se las quitó.

Ella despertó nada menos que al día siguiente.

—Oooh... —gimió.

Gander había cazado y tenía al fuego lo que parecía un cuarto de venado.

—Anda, ve a bañarte y vuelve para almorzar —dijo.

La amazona se sentó en el suelo.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Chick. —Gander sabía que, en cierta clase de mundos, resultaba inútil dar el apellido—. ¿Cuál es tu nombre?

—Myrthis... ¿Qué bebida es esa que me ha hecho dormir tanto?

—Vino. ¿No la habías probado nunca?

Myrthis se puso una mano en la frente.

—Duele aquí —dijo.

—Claro, siempre sucede.

—¿El vino da dolor de cabeza siempre que se bebe?

—Mujer, un vasito o dos, no; pero es que tú y yo agarramos la gran cogorza.

—¿Cogorza? —repitió ella, atónita.

—Anda, ve bañarte y se te pasará. A la vuelta, podrás almorzar.

De pronto, vio sus armas y saltó hacia la lanza, cuya punta se apoyó en el costado del hombre, acucillado junto a la hoguera.

—¡Eres mío! —exclamó autoritariamente.

—Claro, claro —contestó él con sorna—. Pero sería mejor que fueses al río a curarte ese dolor de cabeza. No temas, no pienso escaparme. ¿Eres soltera?

—¿Soltera? —repitió Myrthis, perpleja.

—Quiero decir sí no has tenido un hijo todavía.

—Esta es mi primera salida, para cazar al padre de mi primer hijo —contestó ella.

Gander levantó los ojos al cielo.

—¡Qué planeta y qué costumbres! —exclamó—. De modo que ya me consideras padre de tu hijo.

—Sí.

—Myrthis, dime, cuando sepas que nuestra unión va a dar fruto, ¿qué harás conmigo?

—Trabajarás, como los demás hombres de mi pueblo. Arar la tierra, limpiar la cueva, cuidar de las bestias, recolectar los frutos...

—Vaya una perspectiva.

—Es la suerte de los hombres, Chick.

—El mundo al revés —comentó él sardónicamente—. Qué harás tú, preciosa: ¿buscar otro padre para tu segundo hijo?

—Si el primero es varón, sí, porque necesito tener también una hija. Pero si el primero que nace es hembra, entonces yo seré ya un soldado de mi pueblo.

—Supongamos que el primero es varón. ¿Quién será el padre de tu hija?

Myrthis hizo un encogimiento de hombros.

—Quizá tú, no es seguro —contestó.

—¡Qué desvergüenza! Y si el segundo es también varón?

—He de tener una hija —manifestó ella significativamente.

—Ah, comprendo. Pero, ¿qué pasa con los recién nacidos que son varones?

—Los criamos, hasta que pueden trabajar. Si son fuertes y robustos, un día pueden ser elegidos para padres.

—Vaya, un país afortunado para los hombres. —De pronto, Gander se acercó a la amazona, cuya edad calculó en no más allá de los veinte o veintiún años, y la miró fijamente, los ojos de ambos a menos de un palmo de distancia—. Pues te diré una cosa, en el país de donde yo vengo, él y ella se eligen recíprocamente y lo normal es que vivan juntos toda la vida, tengan o no tengan hijos, sean varones o hembras, ¿está claro?

—Ah, de modo que te niegas a darme un hijo.

—Me niego a ser un...

De pronto, ella dio un paso atrás y enarboló la lanza, que había recobrado al ponerse en pie. Gander disparó velozmente la mano derecha, agarró el palo de la lanza, tiró con fuerza hacia sí y alargó el pie derecho.

El resultado fue que Myrthis, pillada por sorpresa a contrapié, salió disparada hacia adelante. Tropezó con la pierna de Gander y cayó al suelo, aunque se revolvió como una gata.

Pero se quedó quieto, al ver la lanza en alto.

—Mátame —dijo—. Una mujer guerrero no tiene miedo a la muerte. Es el riesgo que hemos de correr cuando salimos en busca de un padre para nuestros hijos.

El brazo de Gander se echó hacia atrás, para tomar impulso. De repente, la lanza partió disparada con tremenda potencia.

A quince pasos, entre unos matorrales, sonó un espantoso alarido.

CAPITULO II

Apoyada sobre un codo, Myrthis, con los ojos llenos de asombro, contempló al hombre que salía de la espesura, tambaleándose horriblemente, con las manos engarfiadas en torno al palo clavado en su estómago. Con el rabillo del ojo, pudo ver a Gander que se precipitaba sobre el arco y las flechas caídas en el suelo.

Mientras el desconocido se desplomaba sobre la hierba, Gander puso una flecha en la cuerda. Algo voló por los aires, zumbando agudamente.

Gander ladeó la cabeza. El proyectil, una flecha emplumada, rozó su hombro izquierdo.

Pero la cuerda de su arco, el de Myrthis, estaba ya distendida. Gander soltó la cuerda.

Otro hombre surgió, moviéndose como si estuviera ebrio. Del lado izquierdo de su pecho sobresalía el palito emplumado. Después de tambalearse unas cuantas veces, cayó a pocos pasos del otro.

Myrthis intentó levantarse, pero Gander se lo impidió con una seca orden:

—¡Quieta!

Gander se había arrodillado, con el arco preparado. Pero ya no había más salvajes en las inmediaciones. Al cabo de unos momentos, Gander, tranquilizado, se incorporó.

—Parece que todo ha vuelto a la calma —comentó.

Myrthis se acercó y examinó los dos cadáveres.

—Son hombres de K'vig —dijo.

Los ojos de Gander estudiaron unos momentos los cuerpos tendidos a sus pies. Aquellos hombres, vestidos de pieles también, pero de una forma algo civilizada, habían sido tremendamente robustos y capaces de partir a un congénere con sus solas manos. Las facciones tenían algo de simiesco, pero en modo alguno se les podía calificar de grandes monos.

—¿Quién es K'vig? —preguntó Gander.

—Es el jefe del pueblo de los Su'or. Nosotros les llamamos Grandes Cazadores. Son muy fieros. Constantemente vienen a nuestro pueblo en busca

de prisioneros, hombres y mujeres.

—Y se los comen.

Myrthis movió la cabeza.

—No, los llevan a trabajar al Gran Pozo —contestó.

—¿*Qué* es eso?

—No lo sé bien. Nosotros le damos ese nombre. Nadie ha escapado jamás de allí, salvo una mujer de nuestro pueblo, excepcionalmente fuerte, que resistió a las inmensas penalidades del trabajo en el Gran Pozo. Pero cuando esa mujer volvió, tenía la salud arruinada y murió a los pocos días. Antes de morir, sin embargo, dijo que los prisioneros que trabajan en el Gran Pozo mueren como moscas.

—Caramba, qué panorama —comentó Gander—. No me gustaría que me llevaran a ese pozo que, por lo que deduzco, debe de ser una mina. Pero, dime, ¿qué hacían aquí esos dos sujetos?

Myrthis se mordió los labios.

—Posiblemente, eran exploradores de un grupo mucho mayor... Tal vez sólo querían atrapar un par de prisioneros, de los cuales se habrían hecho dueños. Entonces, el producto del trabajo de esos prisioneros sería para ellos.

—Esclavitud, vamos —dijo él.

Myrthis no contestó. Gander reflexionaba.

—Anda —dijo al cabo—, ve al río y báñate. Yo me subiré a un árbol, para ver si diviso más enemigos. Después almorzaremos y discutiremos lo que debemos hacer.

—Soy fuerte, pero me derribaste al suelo con facilidad. Creí que ibas a matarme, pero me salvaste la vida —dijo.

—Eres muy guapa, Myrthis. Sin embargo, debes saber que algunas de las costumbres de tu pueblo no me gustan —contestó.

* * *

Cuando Myrthis regresó del río, vio que los cadáveres habían desaparecido y que, sobre dos grandes hojas de una especie de higuera, había lonchas de carne asada. Myrthis se sentó sobre sus talones y empezó a comer.

—El vino me hizo dormir —confesó—. Pero sabía tan bien...

Gander lanzó una risita socarrona.

—¿Hay arbustos como éstos en tu país? —preguntó.

—Sí, aunque sólo usamos sus frutos para comer...

—Noé debería darse una vueltecita por aquí —murmuró él con socarronería—. Myrthis, te diré una cosa; es mejor que no hayáis aprendido a hacer vino.

—¿Es malo?

—En grandes cantidades, sí. La cuestión estriba en saber cuándo debe uno dejar de beber... y eso no se consigue siempre. Pero hablemos ahora de otra cosa.

—Sí, Chick.

—¿Vas a llevarme a tu pueblo?

Myrthis suspiró.

—¿Eres mi prisionero o yo lo soy tuya? —contestó.

—¿Cómo? Una mujer guerrero de tu clase, ¿duda todavía de la situación? ¡Naturalmente que soy tu prisionero!

Ella meneó la cabeza.

—No, me has vencido y he sido derrotada —dijo—. Por tanto, tienes derecho a disponer de mí libremente. Incluso, si ahora me matases, yo no podría protestar.

—Es la ley, ¿eh?

—Sí, Chick.

Gander miró de reojo a la muchacha. Pese a su aspecto salvaje, era una hermosa mujer, alta, fuerte y bien proporcionada. «Educada y vestida adecuadamente, causaría sensación en otros mundos civilizados», pensó.

—Myrthis, renuncio a la victoria. Soy tu prisionero —dijo.

—Pero eso no...

—¿Quién lo va a saber? Los únicos testigos, y no son de tu pueblo, han muerto. Era tu primera salida en busca de un padre para tus hijos, ¿verdad?

—Sí.

—No puedo consentir en que vuelvas a tu pueblo fracasada.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Myrthis soltó unas lagrimitas.

—Oh, Chick, no sé qué decirte... Serás mi prisionero, pero sólo ante los ojos de los demás... Cuando estemos a solas, yo seré tu esclava... Me derrotaste... Estoy viva gracias a ti...

Gander alzó los ojos hasta el cielo.

—Es toda una mujer —musitó—. En todas partes, todas las mujeres reaccionan de la misma manera. Vamos —alzó la voz enérgicamente—, deja de llorar y come.

—Sí, Chick, lo que tú digas —contestó ella obedientemente.

Cuándo terminaron, se pusieron en pie.

—¿A qué distancia está tu pueblo? —preguntó él.

—Dos jornadas.

—En ese caso, no perdamos más tiempo.

Gander levantó su campamento, aunque no pudo por menos de dirigir una melancólica mirada a las parras silvestres. Durante algún tiempo, se dijo, tendría que ser abstemio.

Por nada del mundo cometería él funesto error de inducir a elaborar vino a un pueblo que, pese a sus bárbaras costumbres, aún permanecía incontaminado en este aspecto.

* * *

Myrthis se sentía preocupada por la aparición de los hombres de Su'or. Temía un ataque y así se lo dijo a Gander.

—Si atacan, responderemos —dijo él.

—Nunca avisan. Son fuertes, pero también traidores. Chick, creo que me daría muerte si me capturasen. Todo antes que morir lentamente en el Gran

Pozo.

«¿Qué diablos sacarán en el Gran Pozo?», se preguntó él.

Myrthis caminaba con ligereza, sin dar muestras de cansancio. Para Gander, resultaba evidente que las amazonas recibían una educación en donde la fortaleza física tenía una primordial atención. Pero el joven pensó que no estaría mal modificar algunas de aquellas costumbres, aunque tampoco resultaría fácil, después de que durante largos siglos la mente femenina estuviera imbuida de una superioridad total sobre los hombres.

«Y menos mal que no son como las amazonas de la Mitología griega, que mataban a los hombres, después de haber sido fecundadas.»

Dos días más tarde, avistaron el pueblo de Myrthis.

—Ahí está —señaló ella, desde lo alto de una pequeña eminencia.

Gander contempló el espectáculo de una aldea construida en la ladera de una enorme montaña calcárea. La ladera era de suave pendiente y estaba horadada por miles de cuevas, ante cuyas entradas se arremolinaba la gente, yendo y viniendo a sus ocupaciones.

Un río se desplomaba en espectaculares saltos por el centro del anfiteatro, que tenía más de tres kilómetros de largo. El suelo, al pie de la montaña, era llano y abundaban en él trozos cultivados. En las dos márgenes del río se veían numerosos árboles de todas clases, algunos de enorme altura.

En uno de los extremos del anfiteatro divisó un raro bulto, cubierto enteramente de vegetación. Debía de ser alguna enorme roca, desprendida de la montaña en tiempos antiquísimos, que las plantas trepadoras ocultaban por completo.

La forma de vivir del pueblo de amazonas no agradó demasiado a Gander. Por otra parte, había visto pueblos infinitamente más salvajes. Allí, si bien era cierto que había armas, también había herramientas y animales domésticos. Algunos de los pueblos salvajes que él había conocido no sabían siquiera que las pieles de los animales podían servir de vestidos y su única herramienta eran las manos.

—Myrthis, recuerda, soy tu prisionero —dijo.

Ella asintió.

—La costumbre es que la mujer guerrero- lleve atado por el cuello a su

prisionero. Cuando anuncié mis propósitos, me asignaron una cueva, en la que viviremos hasta que sepa que voy a tener un hijo. Mientras tanto, la costumbre es que la esposa sirva en todo al esposo.

—Y después, hala, el hombre a trabajar... Myrthis le miró dulcemente. —No te preocupes —dijo.

Acto seguido, la muchacha cortó una liana, parte de la cual enrolló al cuello de Gander. El otro extremo quedó en su mano izquierda. La derecha empuñaba la lanza que Gander le había devuelto gentilmente.

Reanudaron la marcha. A poco, algunos de los habitantes del pueblo se acercaron a contemplarles.

Había muchas chiquillas. No se veían niños varones, salvo algunos de muy corta edad, que gateaban por el suelo polvoriento. Las mujeres empezaron a chillar en torno a la pareja de recién llegados.

—Mirad, Myrthis ya tiene padre para su primer hijo...

—¡Lo ha conseguido en su primera salida!

—¡Es un gallardo individuo!

—Tendrá hijos fuertes y hermosos...

Myrthis avanzaba con aire no fingidamente orgulloso. Una mujer de mediana edad se acercó a ella de pronto, la abrazó y la besó con fuerza.

—Eres digna hija de tu madre —dijo. La mujer, todavía de apariencia agradable, miró a Gander a continuación.

—Es magnífico —elogió.

—Señora, mil gracias —dijo Gander, a la vez que inclinaba la cabeza—. Me considero el hombre más afortunado de la creación, por haber sido hecho prisionero por su hija. ¿Cómo está su esposo de usted, señora?

—Es una pregunta incorrecta —protestó. Myrthis le empujó con el palo de la lanza.

—Calla y no hables —ordenó.

—Así tienes que portarte con él desde un principio —dijo la madre de Myrthis—. Recuerda, es un hombre. —Lo sé, madre.

—Señora, ha sido un placer —dijo Gander burlonamente. «Vaya una suegra que me ha tocado en suerte.»

—Hija, tu cueva está ya preparada. Tienes pieles en abundancia, comida y bebida suficiente para tres días —anunció la mujer.

—Gracias, madre.

Continuaron andando, en medio de la expectación de los nativos. Gander se estremeció ante la perspectiva de permanecer tres días encerrado en una cueva.

Sí, tendría a una hermosa mujer al lado, pero si iba a permanecer los tres días encerrado con ella, sin salir para nada... la cueva acabaría por apestar.

—Myrthis —dijo de pronto por encima del hombro.

—¿Qué deseas, Chick?

—He hecho una pregunta a tu madre...

—Ah, mi padre... No lo conocí. Andará por ahí, seguro. Una madre no revela nunca a su hijo cuál es el padre, y menos si el fruto de la unión es hembra. Pero, por muchos temores que te asalten, debes saber que los hombres viven bien y que su existencia normalmente es muy larga.

—Vaya, no deja de ser un consuelo.

Myrthis le guiaba con suaves tirones de la cuerda. En la ladera había excavadas numerosas escaleras. Minutos más tarde, Myrthis le hizo entrar en una cueva, situada a unos treinta metros sobre la llanura, no lejos de la roca cubierta de vegetación.

La entrada de la cueva estaba cubierta por pieles finas, lisas, a modo de cortina. Para sorpresa de Gander, la oquedad era bastante amplia y no resultaba necesario agacharse. En uno de los rincones divisó un enorme montón de pieles, de pelo suave y cálido.

Había estantes cavados en las paredes, llenos de alimentos algunos de ellos en vasijas de barro. Gander divisó también un fuego, en un hornillo de piedra, que no daba humo, debido a que era fuego de brasas.

En un saliente había una primitiva lámpara de aceite, hecha de una piedra tallada convenientemente. Al fondo, oyó rumor de agua.

La cueva terminaba en una pared lisa, vertical, con una puerta cubierta de pieles. Gander apartó la cortina y vio un hilo de agua que caía de un orificio del techo, llenando un pequeño estanque, poco mayor que una bañera corriente. El agua sobrante corría por un regato de unos veinte centímetros de anchura y desaparecía por un segundo orificio abierto en el suelo.

—Vaya, agua corriente —exclamó.

Salió del primitivo, pero eficaz cuarto de baño. Frente a él, Myrthis estaba soltándose las tiras de piel que sujetaban el trozo que cubría su busto bien formado.

—¡Quieta!

—Voy a ser tu esposa...

—Todavía no —contestó él—. No quiero tener hijos que un día puedan desconocer a su padre.

* * *

Fueron tres días muy aburridos. Myrthis y Gander dormían en pieles separadas por un espacio de dos o tres metros. El resto del tiempo, charlaban y se aburrían, él sobre todo.

Al final de su estancia en el interior de la cueva, Gander quiso saber una cosa.

—La costumbre, por lo visto, es que la pareja permanezcan encerrados durante estos tres días. Pero, ¿qué pasa después?

—Oh, ellos hacen una vida normal. Salen a cazar y pescar o simplemente de paseo, hasta que la mujer sabe que va a tener un hijo.

—¿Y entonces?

—Hay un consejo de mujeres de edad que destinan al hombre a los trabajos más adecuados.

—Y a partir de ese momento, los hombres viven separados.

—Sí, absolutamente.

Gander lanzó una mirada a la muchacha.

—Myrthis, el día en que tú y yo nos unamos, será para no separarnos jamás —dijo.

—Quizá tengamos que abandonar mi pueblo...

—Lo abandonaremos. No podremos vivir en un lugar con costumbres tan arcaicas. Aunque quizá eso, con el tiempo, llegue a cambiar. Mientras tanto, aparentaremos ser una pareja normal.

—Sí, Chick, lo que tú digas.

Gander sonrió.

—Pronto has llegado a la sumisión —comentó.

—Fui derrotada —recordó ella.

—Eso es algo que debes olvidar. Yo sólo quiero vencerte con otras armas, Myrthis.

—¿Qué clase de armas, Chick?

—Ya lo sabrás, a su debido tiempo.

Aquella misma mañana abandonaron la cueva. Myrthina, la madre de Myrthis, corrió hacia la muchacha y la miró inquisitivamente.

—Sí, madre —mintió ella, en respuesta a una pregunta no formulada con palabras.

—Espero que tu hija sea tan fuerte como lo eras tú al nacer —dijo Myrthina.

—Puedo garantizárselo, señora —añadió Gander burlonamente.

—Cállate. Los hombres no hablan cuando hablan las mujeres.

—Oh, dispense, había olvidado la ley...

—Anda, vamos, Chick —Myrthis tiró de la manga que cubría el brazo del joven.

—Obedécela —rugió Myrthina.

—¡Caramba! —dijo Gander, cuando ya se habían alejado unos pasos—. ¿Sabes que empiezo a comprender a tu padre? Indudablemente, debió de sentirse muy feliz cuando acabó sus relaciones con tu madre.

—No lo tomes así, ella no es tan mala como parece. Pero no puede evitar el condicionamiento mental, propio de muchos siglos de seguir unas costumbres

tal vez retrógradas, aunque difíciles de cambiar, debido a las estructuras sociopolíticas de nuestro pueblo, en donde nadie se ha preocupado de estudiar una alteración en el *status* que, mejorando la situación de los varones, no humille, sin embargo, la situación preponderante de las hembras.

Gander oyó aquel párrafo y se quedó con la boca abierta.

—¡Por los cien mil soles del Sexto Sector Galáctico! —juró—. ¿Dónde has aprendido esas cosas?

Myrthis se volvió y le dirigió una sonrisa.

—Quizá lo sepas algún día —contestó sibilinamente.

Gander se propuso adelantar aquel día todo lo posible. «Ahora mismo, si es preciso», pensó.

Pero no pudo seguir hablando.

Un terrible griterío sonó en la dirección de donde tres días antes habían venido ellos.

* * *

Una mujer corría desalada, pero fue menos veloz que la flecha que se le clavó en la espalda. Los niños lloraban escandalosamente.

Por la loma en que se habían detenido para contemplar el pueblo de las amazonas, asomaban infinidad de hombres armados con lanzas, arcos y flechas. Las laderas del cerrillo negreaban literalmente.

—¡Los hombres de Su'or! —gritó Myrthis.

Era un ataque despiadado, en masa, incontenible, con la furia de un arroyo desbordado en una tormenta. Apenas dos minutos después del primer grito, centenares, tal vez millares de atacantes habían invadido el pueblo de las amazonas.

La lucha se hizo feroz. Las mujeres, en la ladera de las cuevas, disparaban enconadamente sus arcos, derribando a numerosos atacantes. Pero éstos recibían refuerzos casi a cada segundo que transcurría.

Gander se dio cuenta de que los atacantes formaban por grupos de unos veinte individuos, la mitad de los cuales, aproximadamente, luchaban con ferocidad contra las amazonas, mientras la otra mitad se dedicaba

a capturar prisioneros, indistintamente de ambos sexos. Asimismo, advirtió que los prisioneros eran personas de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta años.

Los menores de esta edad eran respetados. Los ancianos, en cambio, eran inexorablemente eliminados, si no habían tenido tiempo de esconderse.

A pesar de ello, todos combatían.

No obstante, el ataque tenía la virtud de la sorpresa y parecía iba a culminar en el éxito de los hombres de Su'or. Ya se habían llevado un centenar de prisioneros, pero no por ello desistían de capturar un número mayor.

De pronto, dos hombres corrieron hacia la pareja.

Gander se acordó de pronto del cuchillo que pendía de su cinturón. El pesado acero voló por los aires y se enterró en el pecho de un suorita.

El otro no se detuvo y alzó su lanza. Gander dejó que descargara el golpe.

La lanza pasó por su lado, silbando horriblemente. El suorita descolgó su arco, al ver fallado su tiro, pero Gander se volvió, arrancó la lanza del suelo y se la tiró al estómago.

Myrthis saltó hacia el caído y se apoderó de su arco y las flechas. Con la lanza, Gander derribó a dos suoritas más. Myrthis, por su parte, causó tres bajas a los atacantes.

Pero el número se imponía lenta e inevitablemente. Gander se dio cuenta de que, inexorablemente, llegaría el momento en que sucumbirían.

Los atacantes querían prisioneros, pero mataban al que se resistía. Gander empezó a retroceder, en una pequeña pausa del combate.

—¡Myrthis, ven! —llamó.

Ella le siguió. Gander se introdujo en la masa vegetal que envolvía la gran roca, situada en uno de los extremos de la ladera. Las ramas y las hojas les cubrieron bien pronto a la vista de los suoritas.

Gander continuó retrocediendo, a fin de hundirse hasta el fondo de la masa vegetal, que cedía fácilmente a sus esfuerzos. Con la mano izquierda tiraba de Myrthis, quien le seguía sin rechistar.

Al otro lado del follaje, continuaba el griterío.

Alaridos, imprecaciones, chillidos de dolor, voces de cólera... El combate poseía unas características de inigualable ferocidad.

Los atacados se defendían hasta la muerte. Nadie daba ni pedía cuartel. Sólo el número de atacantes procuraba prisioneros.

De pronto, la espalda de Gander tocó algo duro. En el interior de aquella masa de follaje reinaba una penumbra lindante con la oscuridad.

Gander soltó a la muchacha y tanteó la roca con la mano libre.

Se quedó helado de sorpresa.

Aquella superficie, dura, pulida y suave al tacto no era, no podía ser en modo alguno la correspondiente a una roca.

Al volverse, con los ojos habituados ya a la penumbra, vio el brillante metal.

* * *

La batalla había terminado.

Decenas de cuerpos yacían inmóviles sobre el suelo, en medio de charcos de sangre, con horribles heridas. La inmensa mayoría eran personas de edad.

Pero también habían muerto muchos suoritas. Los que sobrevivieron y no pudieron escapar, fueron rematados despiadadamente por las Amazonas.

Entre éstas había también muchas con heridas de distinta gravedad. Gander tenía ciertos conocimientos de medicina y se aplicó a curar a las que podían tener una mínima posibilidad de sobrevivir.

La tarea duró todo el día y parte de la noche. Al día siguiente, por la mañana, se reunió el consejo de las mujeres de edad, que gobernaban el pueblo de las Amazonas.

Los muertos serían incinerados aquella misma tarde, en una fúnebre ceremonia. Los muertos pertenecientes al pueblo de Su'or fueron arrojados al río, cuya corriente los arrastró lejos del lugar.

De pronto, Myrthis lanzó una exclamación:

—¡Falta mi madre!

—¿Qué has dicho?

Estaban a pocos pasos del sitio donde se celebraba el consejo. Era una especie de diminuto teatro descubierto, semicircular, con asientos tallados en la roca. Había varios asientos vacíos, de los cuarenta que podían ser ocupados.

—Mi madre era la consejera número once —dijo ella.

—Habrá muerto...

Myrthis movió la cabeza negativamente.

—No, ya me lo habrían dicho. Era una mujer muy conocida.

«Sí, por su mal genio», pensó Gander.

—¡La habrán secuestrado —opinó—. Pero, ¿no tenía demasiada edad?

—Apenas había cumplido los cuarenta años —respondió Myrthis—. Todavía conservaba la fortaleza de su juventud. —De pronto, se echó a llorar—. Morirá en el Gran Pozo...

Gander apretó los labios. Estimaba considerablemente a la muchacha, pero, por lo que había oído, consideraba imposible el rescate de su madre.

A menos que...

El consejo empezó a discutir la reunión.

Los muertos, de los dos sexos, eran unos sesenta. Había cuarenta y tantos heridos, de los que cinco o seis no llegarían a sobrevivir.

Los hombres de Su'or habían capturado ciento diecinueve prisioneros de ambos sexos, todos ellos jóvenes y robustos.

—Y no los volveremos a ver jamás —dijo Hrilia, la presidente del consejo.

Se oyó un clamor general de duelo. Alguien habló de venganza, pero no se tardó en llegar a la conclusión de que un ataque contra el pueblo de Su'or era una empresa imposible.

—Tal vez no sea tan imposible —dijo Gander entre dientes. Agarró la mano de Myrthis y tiró de ella—. Ven conmigo.

Myrthis le siguió dócilmente.

Poco después, llegaban a la astronave oculta por el follaje.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí? —preguntó Gander, armado con un gran machete, que le permitía abrirse paso entre la vegetación.

—No lo sé —respondió ella—. Siempre lo he visto así, desde que tengo memoria...

—¿Nadie ha intentado nunca entrar en su interior?

—Es imposible, Chick.

El machete de Gander actuaba incesantemente. Al cabo de unos minutos, llegaron a un lugar donde se veía una escotilla cerrada.

Gander conocía el tipo de escotilla. Era moderna, en una nave de tipo muy antiguo, construida, probablemente, veinte o treinta años antes de que naciera.

En la pulida superficie metálica, que no había perdido un ápice de su brillo en todo aquel tiempo, divisó las finísimas líneas que señalaban un rectángulo de unos diez centímetros de largo por ocho de anchura. Presionó el ángulo superior izquierdo y la placa giró en el acto, dejando al descubierto una pequeña palanquita, con la empuñadura de color rojo.

Gander bajó la palanquita.

Contuvo el aliento durante unos segundos. De pronto, la escotilla empezó a girar.

Myrthis lanzó un grito de admiración. Gander sonrió.

—Las baterías Phixon-Katz son tal como dijeron sus dueños al inventarlas: eternas —dijo.

—Eso significa que su carga no se agota jamás —habló Myrthis.

—Claro, pero son baterías que no tienen demasiada potencia... Oye, ¿cómo diablos puedes tú saber...?

Myrthis sonrió.

—Todavía no es el momento —contestó—. Anda, vamos adentro; ya me hierve la sangre de ganas de ver lo que hay al otro lado.

Al abrirse la escotilla, se había desplegado una escala automática. Gander inició el ascenso. A la derecha de la compuerta divisó un interruptor, que encendió las luces interiores de la nave. .

—Más baterías Phixon-Katz —anunció—. Sin embargo, no poseen la fuerza suficiente para hacer volar la nave.

—Entonces, ¿quedará anclada aquí para siempre?

Gander no contestó; realmente, no tenía respuesta alguna para la pregunta de la muchacha.

De repente, se encontraron en una gran sala, de forma alargada, en la que vieron algo que les dejó estupefactos.

La sala tenía más de cien metros de longitud, por unos doce de anchura. En el centro, a todo lo largo, se veían innumerables pares de ruedas, de metro de diámetro, cada una de las cuales tenía una manivela de casi tres metros de longitud.

Gander contempló aquella colección de ruedas, sostenida por una especie de pedestales de entramado metálico. El eje común de cada par de ruedas tenía una especie de correa de transmisión, que desaparecía en el interior del suelo.

De súbito, Gander se dio una palmada en la frente.

—¡Ahora lo recuerdo! ¡Esta es la «Killer Star», la nave de Rugis, el pirata!

—Así es, en efecto —sonó de pronto una voz masculina en la puerta de la cámara.

Gander y la muchacha se volvieron en el acto, al oír la voz del desconocido. Gander se llevó la segunda sorpresa cuando oyó lo que dijo Myrthis a continuación :

—¡Papá!

CAPITULO III

El hombre era de regular estatura, muy fornido, ancho de hombros y de rostro agradable, oculto en parte por una frondosa barba, en la que todavía no se apreciaba una sola cana. Vestía solamente un taparrabos de piel y se calzaba con una especie de mocasines del mismo material.

—Me llamo Theo Byzar —se presentó—. Tú eres Chick Gander el padre de los hijos de mi hija.

—Su hija no va a tener hijos, al menos por el momento —respondió el joven—. Yo no quiero que... Pero éste es un problema personal mío que no importa por el momento. ¿Qué hace usted aquí, señor Byzar?

—Por el momento, sobrevivir, aunque no por ello pude impedir que los suoritas raptaran a mi esposa, es decir, la madre de Myrthis.

—Myrthina —exclamó Gander, sorprendido.

—Sí.

—Usted perteneció a la tripulación de la «Killer Star»...

—En calidad de segundo oficial, pero solamente en su última singladura galáctica. Rugis tenía una fama horrible aunque completamente justificada. En el último viaje, estalló un motín entre sus piratas, a causa del reparto del botín anterior. Murieron la mayoría de ellos y también muchos de los galeotes. Los restantes, aunque con dificultades, conseguimos llegar aquí y... y corrimos la suerte de los prisioneros de las amazonas.

Gander entornó los ojos.

—Empiezo a sospechar que muchas de las cosas que sabe Myrthis se las enseñó usted —dijo.

—Sí —confirmó Byzar—. A mí tampoco me seducía la perspectiva de ser solamente... el macho reproductor. Por fortuna, encontré a una amazona comprensiva. Después que nació Myrthis, Myrthina y yo nos hemos visto ocultamente infinidad de veces. Cuando la niña se hizo mayor, yo la eduqué, igualmente a escondidas.

—Pero...

—Muchos de los supervivientes de la «Killer Star», piratas o no, eran de mi

opinión. Algunos consiguieron éxitos con sus esposas, como yo; otros, no, claro está, pero el resultado es que hay más amazonas que piensan en un gradual cambio de la estructura de este pueblo, de lo que muchos calculan.

—Creo que voy entendiendo. Usted era segundo oficial de la nave.

—Sí, tuve un jaleo en Isthahán XII y me vi obligado a emigrar. La única salida que tenía era alistarme con Rugis, quien, a su vez, estaba necesitado de un buen oficial navegante. Pero el motín sobrevino inesperadamente y...

—Señor Byzar, si usted dice que hay en este pueblo personas que piensan ya de un modo distinto a lo tradicional, quizá podríamos emprender el rescate de los prisioneros.

Byzar entornó los ojos.

—¡La madre de Myrthis figura entre los prisioneros y yo la amo —dijo—. Su mal genio delante de ti era fingido. Todavía hay gentes excesivamente apegadas a la tradición.

—Sí, siempre pasa —convino Gander, sonriendo—. La eterna lucha entre los progresistas y los reaccionarios. Es propio del ser humano.

—Pero algo tenemos que hacer —intervino Myrthis con vehemencia.

Gander se acercó a una de las ruedas.

—Las baterías Phixon-Katz siguen funcionando al cabo de... ¿cuántos años, Theo?

—Veintidós —puntualizó Byzar.

—Muy bien, pero su energía, si bien da luz y, probablemente, puede hacer funcionar los instrumentos, es insuficiente para levantar la nave. En cambio, contamos con este centenar de pares de ruedas,

—Que pueden mover, a tres personas por rueda, seiscientos personas —calculó el padre de Myrthis—. Sin embargo, en caso necesario, con un galeote por rueda, también se obtiene la electricidad suficiente para el funcionamiento de los generadores antigravedad.

—De modo que Rugis llamaba galeotes a sus prisioneros.

—Hace dos mil años, las naves marítimas se movían por remos, manejados por hombres, casi siempre condenados o prisioneros de guerra. Se empezó

con las galerías mediterráneas...

—Y se llegó al sistema Rugis.

—Sí. Las ruedas, girando a un determinado número de revoluciones, movidas a brazo, actúan sobre sendos sistemas multiplicadores que hacen funcionar la dinamo común, que genera la electricidad. Cuando se ha obtenido la potencia suficiente, los mandos adecuados hacen que la nave se desplace en la dirección y a la velocidad deseadas.

—Habría vigilantes con látigos, supongo.

—A dos de ellos se los comieron en el motín, y no es metáfora —sonrió Byzar—. Pero no creo que el consejo del pueblo de amazonas acceda a tus proyectos, que creo adivinar.

Gander se volvió hacia la muchacha.

—¿No puedes convocar al consejo? —preguntó.

—Sí, pero, ¿qué alego?

. —Simplemente, exponer tus planes para rescatar a los prisioneros; pide, además, que la reunión sea pública. Si los familiares de los prisioneros, una vez conocida la bondad del plan, no apoyan nuestro plan, es que yo no sé conocer a la gente.

Myrthis dudó un momento, pero acabó por asentir.

—Lo haré —respondió al cabo.

CAPITULO IV

En el lugar donde se sentaban los consejeros había nueve escaños vacantes. Hrilia escuchó atentamente la proposición de Myrthis.

—Querida, comprendo tu dolor. Tu madre ha desaparecido, pero eso es algo que, inevitablemente, sucede en algunas ocasiones —dijo, como respuesta a las palabras de la muchacha—. Todos lamentamos la pérdida de algún ser querido, muerto o prisionero...

De pronto, Gander alzó una mano.

—Déjame hablar, Hrilia —solicitó.

—¡Es un hombre! —gritaron algunas consejeras.

—Hasta que Myrthis sepa que va a tener un hijo, tengo ciertos derechos —Gander movió la mano—. Mirad esa multitud. ¿Cuántos de ellos no harían los sacrificios que se les pidieran por rescatar a los seres queridos prisioneros de los suoritas o por vengar a los que murieron?

Un clamor general surgió del gentío que se agolpaba a espaldas de los demandantes. Gander se dio cuenta de que los hombres, situados tras las mujeres, según la ley, alborotaban también considerablemente.

Una hábil labor de Byzar, pensó, conquistando voluntades y persuadiendo a los que ya eran sus partidarios desde hacía mucho tiempo.

—Está bien, habla —accedió Hrilia finalmente—. ¿Cuál es tu plan?

—Nuestro plan —corrigió Gander, al objeto de no dejar a Myrthis en segundo plano—. Myrthis sabe que yo puedo poner la nave en funcionamiento. Los suoritas tardarán dos semanas todavía en llegar a su pueblo. Nosotros, con un poco de suerte, podemos alcanzarles antes de que se unan a la masa de los hombres de Su'or.

—¿Puede volar ese aparato? —se extrañó una consejera.

—Volará —afirmó Gander.

—Nadie lo ha movido de ahí desde que llegó. Ni siquiera el padre de Myrthis.

—A Theo le gustaba este país. ¿Por qué abandonarlo? Además, hacen falta cientos de brazos para moverlo. El número de los suoritas es muy grande, pero si atacamos por sorpresa...

Gander continuó hablando durante un buen rato. A veces, era interrumpido por una consejero, que solicitaba aclaración a algunas de sus palabras. Otras, en cambio, se mostraban francamente opuestas a los propósitos del joven y no dejaban de expresarlo con toda crudeza.

—Está bien —dijo el joven, cuando hubo terminado—. Ahora ya conocéis mi plan. A vosotras os toca aprobarlo o rechazarlo.

—Votación —ordenó Hrilia.

Un enorme clamoreo surgió de la multitud. La inmensa mayoría exigía no sólo el rescate de los prisioneros, sino también un duro castigo a los hombres de Su'or por el ataque realizado.

Gander sonrió levemente.

—Estás en tu derecho al pedir votación a tus colegas de consejo, Hrilia —dijo—. Pero no olvides que tanto tú como tus colegas fuisteis nombradas para defender los intereses del pueblo que representáis. ¡Y ese pueblo exige rescate y venganza! —terminó, con voz de trueno.

—¡Sí, sí! —gritaron cientos de voces.

Hrilia se resignó, aunque se obstinó en realizar la votación. De las treinta y una consejeras que habían quedado, tras el combate, veintidós votaron afirmativamente.

Gander se dio cuenta de que las que votaban en contra eran las de mayor edad, muchas de ellas, verdaderas ancianas, férreamente apegadas a una viejísima tradición. La mayor parte de las que votaron afirmativamente eran de edad muy inferior, muchas de ellas auténticamente jóvenes y de gran atractivo físico.

—¿Quién será el jefe de la expedición? —preguntó Hrilia—. Me parece que debe haber un jefe...

—Yo —contestó audazmente el joven—. Es decir, en lo relativo al gobierno de la nave, en lo que me secundará Theo. Respecto a las mujeres guerreros, cual-quiera que tú nombres puede ser su jefe.

Hrilia suspiró.

—No estamos acostumbradas a mandar ni a obedecer. Somos demasiado individualistas.

—Entonces, nombra a Myrthis.

Byzar apoyó la propuesta, por medio de los gritos de unos cuantos de sus amigos. Más gritos sonaron en favor de la muchacha, cuyo nombramiento, al fin, quedó confirmado.

—De todos modos —objetó Hrilia—, necesitaremos gran cantidad de flechas...

—Es preciso fabricarlas de inmediato. Tenemos menos de dos semanas de tiempo, para evitar que los prisioneros lleguen a Su'or. El trabajo debe empezar ahora mismo.

Cuando terminó la discusión, Gander fue en busca de Byzar.

—Lo has hecho muy bien —dijo.

El antiguo astronauta sonrió maliciosamente.

—Así suelen actuar los políticos, estimulando a la masa de un modo adecuado y en el momento oportuno —contestó.

—No me cabe la menor duda. Dime, Theo, ¿cuántos quedan de tus antiguos compañeros?

—Piratas, ni uno. Sobrevivieron al motín tres o cuatro, pero murieron con el transcurso de los años. En cuanto a los galeotes, la inmensa mayoría volvieron a sus planetas. Sólo una veintena prefirieron seguir conmigo.

—¿Pudiste manejar la nave con tan pocos hombres? —se extrañó Gander.

—Oh, sí, claro; los generadores tienen también acumuladores y los de la nave tenían su carga al máximo. Esa carga fue consumiéndose, a pesar de que hacíamos funcionar las ruedas sin cesar, pero quedó lo suficiente para llegar aquí.

—Es decir, ahora es preciso hacer funcionar las ruedas, para cargar los acumuladores principales y disponer de energía en los generadores, lo mismo que, antiguamente, se hacía en las locomotoras de vapor: levantar presión.

—Más o menos —convino Byzar—. A fin de cuentas, las ruedas sustituyen a las pilas nucleares, como suministradoras de energía.

—No tengo la menor duda —sonrió Gander—. Bien, tú y tus amigos os ocuparéis de instruir a las... «galeotes». ¿Cuántas harán falta?

—Hay cien pares de ruedas, de modo que se necesitan doscientas para cada turno, tres turnos por día. En caso necesario, todas pueden aplicarse al trabajo, lo que significa un total de seiscientas. La nave tiene capacidad de sobra para mil trescientas personas, Chick.

—Ese es un asunto del cual habrás de ocuparte personalmente, con tus antiguos galeotes. Será preciso llevar también algunas provisiones y material de cura, si lo necesitamos. Claro que el material de cura que se pueda encontrar aquí...

—Telas, muy burdas, y hierbas para emplastos hemostáticos. Son bastante eficaces, Chick, te lo aseguro. También necesitaremos tablillas para posibles fracturas...

—Pero, sobre todo, armas. Theo, la nave puede mantenerse inmóvil en el aire. ¿Desde dónde dispararán los arqueros sus flechas, cuando alcancemos al enemigo?

—Hay tres escotillas ventrales de carga y cuatro más, laterales. Será suficiente.

—La nave se conserva bien —comentó Gander.

—Oh, sí, es un buen material. Pero Rugis tenía alergia a las pilas nucleares, no sé si genuina o ficticia. Por eso empleaba el método de la rueda para generar electricidad.

Gander palmeó los hombros de Byzar.

—Andando, Theo, no podemos perder un solo minuto —concluyó.

* * *

Doce días más tarde, la nave estaba lista para zarpar.

Las propias amazonas que hacían girar ya las ruedas, produciendo electricidad, empuñarían los arcos y las lanzas, llegado el momento del combate. Por consejo de Gander, Myrthis las había dividido en grupos, a cada uno de los cuales se le asignó un puesto bien definido.

En total, había seiscientas cincuenta mujeres a bordo de la astronave. Cincuenta de ellas se ocuparían del avituallamiento de los tripulantes, mediante las provisiones que ya se hallaban en las despensas. Las armas estaban también listas.

Gander y Byzar se hallaban en el puente de mando. Durante dos días, tres turnos ininterrumpidos de amazonas, habían hecho girar las ruedas, hasta conseguir la recarga de los acumuladores principales. Los generadores podían funcionar.

Byzar observó los instrumentos. Aunque había potencia suficiente, convenía que las ruedas funcionasen, a fin de no provocar una inconveniente descarga de los acumuladores.

—¡Adelante, a sesenta! —ordenó.

En la sala de boga, Myrthis estaba frente a una especie de pupitre. Tocó un botón y una especie de gong resonó de inmediato, repitiéndose sus sonidos cada segundo.

Aquellos tañidos marcaban el ritmo de boga. Durante el despegue, las ruedas girarían a razón de sesenta revoluciones por minuto. Más adelante, el ritmo se reduciría a la mitad.

Momentos más tarde, doscientas amazonas hacían girar ya las ruedas a la velocidad deseada. Byzar movió una palanca y la astronave se elevó lentamente a las alturas.

Había millares de personas, en su inmensa mayoría mujeres y niñas, contemplando la operación. Un enorme griterío acogió el despegue de la nave, que viró lentamente al hallarse a un centenar de metros del suelo, para lanzarse adelante, a toda velocidad, apenas hubo alcanzado la altura de vuelo deseada por el piloto.

CAPITULO V

—Es curioso —dijo Gander, cuando ya sobrevolaban el paisaje a unos mil metros de altura—. ¿Cómo puedes gobernar la nave en vuelo subatmosférico?

—No tiene nada de dificultad. Eso es cosa de los selectores de líneas de gravedad. Se ajustan según el rumbo y ya está —contestó Byzar, en pie junto a los mandos a pesar de que disponía de un cómodo sillón.

—Y también se puede volar por el espacio.

—Entonces, se emplean los selectores planetarios. Es raro que haya dos planetas de la misma masa y a idéntica distancia de la nave. Ajustando su atracción gravitatoria, se obtiene el rumbo deseado. Por otra parte, no olvides que, para una propulsión de velocidades superiores, tenemos los propulsores másicos.

—¿También los hay en la «Killer Star»?

—Claro. En esos propulsores, tú lo sabes bien, se puede utilizar cualquier materia como combustible... incluso aire, pero el aire tiene muy poca masa, por lo que su efecto es mínimo.

—¿Qué has puesto tú en los propulsores másicos?

—Me hubiera gustado encontrar mineral de plomo, pero no encontré en las inmediaciones del pueblo de las amazonas. He tenido que contentarme con granito y piritas de hierro. Hay unas cuantas toneladas a bordo, aunque me parece que no necesitaremos esos propulsores, ya que no es preciso alcanzar grandes velocidades en la atmósfera del planeta.

Myrthis entró de pronto en la cabina.

—Todo marcha perfectamente —informó.

—Eso está bien —sonrió Gander—. ¿Cómo está la moral?

—Espléndida. Están deseando entrar en combate...

Gander se volvió hacia el piloto.

—Mujeres belicosas —comentó.

—Tienen que perder un poco de su fiereza, pero eso no será cosa de un día —respondió Byzar—. Por otra parte, su belicosidad es algo que nos conviene

ahora.

—¿Cuándo alcanzaremos a los suoritas? —preguntó Myrthis.

—Nos llevan doce días largos de ventaja y, a una jornada del pueblo, se han hallado rastros de sus bestias de carga. Eso les hará avanzar a razón de doscientos kilómetros por día, pero teniendo en cuenta que nosotros nos desplazamos casi a mil por hora, los alcanzaremos antes de dos horas.

Gander se extrañó de la respuesta.

—¿Qué bestias de carga utilizan los suoritas? —quiso saber.

—En la Tierra se les llamarían caballos de ocho patas, aunque no se parecen mucho a un «bronco». En realidad, se trata de animales muy dóciles, pero de escasa inteligencia. Sin embargo, poseen una gran capacidad de carga, son veloces y muy resistentes. Cada uno puede soportar, impunemente, el peso de seis jinetes con su equipo, debido a su longitud.

—Es decir, suponiendo que nos hubieran atacado mil suoritas...

—Trajeron unos ciento sesenta caballos, más un número indeterminado destinado a los prisioneros. En total, unos doscientos, aproximadamente.

Gander hizo un signo de asentimiento. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Myrthis, ¿sabe cada una el puesto que debe ocupar en el momento del combate?

—Sin duda alguna —respondió ella.

—Sería conveniente que lo repitieses —dijo él—. Cualquier vacilación en el momento supremo, puede resultar perjudicial.

—Descuida, Chick.

Myrthis se alejó.

—Buena chica, muy capaz e inteligente —elogió Byzar—. No es porque sea su padre, pero, sin falsa modestia, creo que será la esposa que necesitas.

—Esperemos a que llegue la paz y entonces, como se dice en la Tierra hablaremos de boda.

La cámara televisora, con objetivo telescópico, registró de pronto las imágenes de una larga caravana que marchaba a través de una extensa llanura, en donde los árboles escaseaban lo suficiente para no ofrecer el menor obstáculo a su avance. Apenas divisó la caravana, Gander tomó el micrófono:

—Myrthis, el enemigo está a la vista. Que cada grupo ocupe las posiciones asignadas.

—Está bien.

Gander dejó a Byzar en el puente.

—Estaré junto a Myrthis —aseguró.

—Cuídala —pidió el piloto.

Gander se acercó a la escotilla en la que Myrthis se hallaba ya, armada con arco y flechas, junto con una veintena de resueltas amazonas, todas ellas igualmente equipadas, con el aditamento de un buen número de cortos venablos. La escotilla era deslizante y en ella había sido dispuesto una especie de parapeto que permitiría a las amazonas usar sus armas, sin riesgo de caer al suelo.

De pronto, sonó la voz de Byzar:

—¡Todo el mundo preparado!

Gander empuñó su arco. Le dolía lo que iba a hacer, pero consideraba que era preciso amedrentar a los suoritas para que no volviesen a atacar más el pueblo de las amazonas.

Era una costumbre bárbara. Tenía que desaparecer y no lo conseguiría por convicción.

La escotilla se abrió de pronto. Un fortísimo griterío llegó a oídos de Gander y las mujeres.

Debajo de ellos, a veinte metros de distancia, reinaba una confusión absoluta. Los caballos octópodos, pese a su mansedumbre, se habían espantado al notar aquella enorme masa sobre ellos, arrojando al suelo a la mayoría de sus jinetes, tanto suoritas como prisioneros. Los suoritas, sin embargo, empezaban a reaccionar.

Un centenar de venablos cayeron de las alturas y, aunque se perdieron muchísimos, más de veinte encontraron sus blancos. Al mismo tiempo, los

prisioneros, viendo que llegaban a rescatarles, empezaron a atacar a sus captores.

Las flechas volaron a continuación. Gander vio que algunos de los suoras intentaban escapar en sus caballos octópodos. Las flechas, sin embargo, eran mucho más rápidas.

De pronto, la nave se tambaleó.

Gander se apoyó en el mamparo. Dos de las amazonas, sorprendidas, saltaron por encima del parapeto y pernearon frenéticamente, mientras caían por los aires, hasta estrellarse en el suelo herboso.

—¡Myrthis! —llamó el joven.

—Estoy aquí —respondió ella—. ¿Qué sucede, Chick? Estamos bajando...

De pronto, Gander, al asomarse, sacando medio cuerpo fuera del parapeto, vio un espectáculo increíble.

¿De dónde habían sacado las cuerdas aquellas locas?

Decenas, cientos de amazonas, se descolgaban por una infinidad de cuerdas, lanzándose al suelo a combatir con los suoras, la mayor parte de los cuales se habían quedado sin sus monturas. Junto a su escotilla, había un intercomunicador y Gander llamó al puesto de mando.

—¡Theo! ¿Qué diablos pasa? —gritó.

—Esas chicas tienen la sangre demasiado ardiente —contestó Byzar—. Ninguna de las... galeotes se quiso quedar a dar vueltas a las ruedas, pudiendo combatir.

—Pero, las cuerdas...

—Posiblemente, lo prepararon en secreto. Pero la energía es insuficiente: debe de haber algún generador con deficiencias y los motores antigravedad no tienen la potencia necesaria.

—¡Saca el tren de aterrizaje, hombre!

—Está encallado, no sé qué diablos le pasa. Hombre, Chick, después de veintidós años, que esta maldita nave se eleve ya es un pequeño milagro. Teníamos demasiada prisa y por eso no pude hacer una revisión a fondo...

Gander se dio cuenta de que el suelo estaba cada vez más cerca. Pese a la

superioridad del número, los suoritas no se rendían.

Combatían fiera y silenciosamente, matando y muriendo. Usaban los venablos, las flechas como puñales, las manos, los dientes... Las amazonas no cedían en ferocidad, ayudadas por los prisioneros.

De pronto, la nave cayó de golpe, cuando ya estaba a unos cuatro metros del suelo.

Centenares de guerreros fueron instantáneamente aplastados. Murieron sin enterarse de lo que había pasado.

La pelea se suspendió durante unos momentos, espantados los componentes de ambos bandos, de la terrible catástrofe. La altura era poca, pero la sacudida resultó relativamente fuerte.

Gander fue lanzado a unos metros de distancia y rodó por el suelo, quedando parcialmente aturdido. En la cabina de mando, Byzar maldecía amargamente de las mujeres con aficiones guerreras.

De pronto, los suoritas reaccionaron, en tanto que las amazonas perdían momentáneamente su moral. Algunos de los suoritas empezaron a reunir sus caballos octópodos, con objeto de escapar cuanto antes del lugar del combate.

Todavía medio atontado, Gander se puso en pie, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Vagamente, divisó a Myrthis que corría desalada hacia él.

Una flecha voló repentinamente por los aires. Myrthis se detuvo, con las manos engarriadas en el asta del proyectil emplumado, hincado en su pecho.

Pero Gander no pudo verla caer. En el mismo instante, sintió un terrible golpe en el cráneo.

Algo explotó fragorosamente dentro de su cabeza. Dos robustas manos le colocaron de través sobre los lomos de un caballo octópodo, pero ya no sentía nada.

* * *

Despertó después de un rato que le pareció inacabable, presa de un espantoso dolor de cabeza, avivado a cada sacudida del animal en que viajaba. Vagamente entrevió una robusta espalda delante de él, a su izquierda, y unas fornidas piernas, a su derecha, y percibió asimismo un poco agradable olor a sudor y pieles mal curtidas.

Entonces se dio cuenta de que estaba prisionero de los suoritas.

La imagen de Myrthis, con la flecha clavada en el pecho, volvió instantáneamente a sus recuerdos. Gritó y quiso tirarse del caballo, pero algo puntiagudo se apoyó en su cuello.

—¿Prefieres morir? —dijo una voz gutural.

Gander se quedó quieto. Atravesado sobre el lomo de la bestia, podía ver el suelo herboso que se deslizaba bajo él, a gran velocidad. No tardó en darse cuenta, sin embargo, de que con él viajaban cuatro suoritas más.

Posiblemente eran de los pocos supervivientes de la batalla. Y ahora, se dijo, lleno de amargura, era prisionero.

Iría a parar al Gran Pozo, a la mina infernal de la que todos hablaban con espanto. ¿Qué clase de torturas sufrían allí los condenados?

Trató de dejar vacía su mente. Ya no volvería a ver más a Myrthis. La muchacha le había seducido casi desde el primer momento. Fuerte, robusta y valerosa, era, sin embargo, muy distinta de la inmensa mayoría de amazonas. Había sido, se corrigió melancólicamente.

En algo tenía que notarse la sangre terrestre, pensó, no sin cierto orgullo. Pero Myrthis ya no era más que un montón de carne inanimada.

Y muy pronto no sería más que un agri dulce recuerdo, que no duraría mucho, sin embargo... ya que su propia vida se había acortado considerablemente al ser capturado por los suoritas.

CAPITULO VI

El caballo octópodo se detuvo.

Gander fue arrojado al suelo como un fardo. Alguien ladró una orden:

—¡Permanece ahí, como estás, miserable gusano!

Gander quedó tendido en el polvo. No obstante, alzó un poco la cabeza y pudo divisar una construcción de finos troncos, semejantes a bambúes, con marquesina y baranda, ésta de bastante amplitud.

A la baranda se llegaba por una escalera de diez o doce peldaños. Al final de la escalera, había una especie de poste, que sostenía un tridente triple. Cada púa del tridente se subdividía en tres y cada una de éstas sostenía una calavera humana.

En total, las calaveras eran nueve. Gander advirtió más cabañas, pero todas ellas eran de menores dimensiones y, aunque en la mayoría había postes y tridentes con calaveras, ninguno de estos tridentes era triple ni se veían nueve calaveras.

En el poste que más calaveras vio, había cinco. Gander supuso que aquellos macabros trofeos eran una especie de indicador del rango del ocupante de la cabaña, tétricos candelabros que nunca darían luz.

Los suoritas, aparte aquellos bárbaros trofeos, no eran tan salvajes como había oído decir. Incluso, parecían más civilizados que las Amazonas.

Era probable que éstas vivieran más a gusto que en las cuevas. Lo que sí resultaba patente era que las casas de delgados troncos estaban construidas con relativo gusto, bastante arte y una indudable solidez.

De repente, un gigantesco individuo apareció en la baranda.

Gander apreció su estatura en doscientos veinte centímetros, con un peso de ciento treinta kilos por lo menos. Un enorme cinturón rodeaba su torso de barril. En sus velludos antebrazos tenía unas extrañas manoplas, adornadas con unos objetos muy brillantes. Gander tardó unos segundos en comprender que se trataba de diamantes en bruto.

Pendiente del cinturón, llevaba una espada de dimensiones colosales. A la derecha, para pasmo de Gander, se veía la funda de una pistola.

«¿Quién diablos le daría esas armas?» se preguntó, mientras contenía la respiración y procuraba no mover uno solo de sus músculos.

Los hombres que le habían capturado informaron de lo sucedido. El gigante lanzó unos cuantos bramidos de cólera. Los guerreros se humillaron en el polvo.

De pronto, el gigante dio una orden.

Un numeroso grupo de individuos se arrojó sobre los captores de Gander, llevándoselos, pese a sus desesperadas protestas. Gander, al no haber recibido contraorden, quedó en la misma postura.

—Levántate —dijo el gigante súbitamente.

Gander obedeció. Tenía la cara sucia y con algunas manchas de sangre, pero no hizo el menor gesto por limpiarse.

—Yo soy K'vig —se presentó el gigante—. ¿Cuál es tu nombre?

—Chick.

—Tú no eres de Ur-ki. Se nota en el acto.

—Era tripulante de una nave que viajaba por el cielo...

—Por el espacio, querrás decir. ¿Me tomas por tonto?

Gander disimuló la sorpresa que le causaban las palabras de K'vig.

—Lo siento, ignoraba que...

—¿Por qué dejaste la nave? —le interrumpió el enorme sujeto.

—Bueno, era demasiado aficionado al alcohol...

—¿A qué?

—Vino, licor, cerveza...

—No sé qué es eso, pero tampoco me importa demasiado. Te veo fuerte y robusto, Chick.

—Sí, señor.

—Trabajarás en el Gran Pozo. Allí se necesitan brazos constantemente.

—Lo que tú digas, señor.

De pronto, otro hombre apareció junto a K'vig y le dijo algo al oído.

Gander parpadeó.

La ropa del hombre era inequívocamente terrestre. Incluso le pareció un rostro conocido, aunque no lograba localizar en su mente el sitio donde lo había visto antes.

K'vig negó con la cabeza.

El terrestre insistió.

—¡Por los diez millones de dioses del Octavo Sector! —rugió K'vig—. Cuando el jefe del pueblo de Su'or dice no, es que no.

El terrestre se encogió de hombros.

—Como quieras, pero ya estás advertido —dijo—. Ese hombre puede acarrearle graves perjuicios.

—No te preocupes por él, Ivo Schanek; de todos modos, no podrá escapar del Gran Pozo. Y ahora ando escaso de mano de obra, ¿entiendes?

Schanek se encogió de hombros.

—Tú eres el grande e infalible jefe de Su'or —dijo aduladoramente.

—No lo dudes, Ivo —K'vig agitó una mano—. ¡Capitán!

«Atiza, tienen grados militares y todo», pensó Gander.

Un hombre se acercó y saludó, golpeándose el pecho con la mano derecha.

—Estoy a tus órdenes, señor.

—Capitán Eelir, lleva a este hombre al Gran Pozo y entrégalo al capitán de vigilantes.

—Sí, señor.

Eelir empujó al terrestre. Gander echó a andar sin rechistar.

K'vig y Schanek quedaron unos momentos a solas en la baranda.

—Oye, Ivo, ese individuo ha hablado de... ah, sí, licor, vino y cerveza. ¿Qué son esas cosas?

—Drogas funestas, señor. No las pruebes o morirías entre atroces sufrimientos —contestó Schanek, muy serio.

Mientras, Gander y su custodio se habían alejado del poblado, que ocupaba una extensión mucho mayor de lo que Gander había imaginado en un principio. Al abandonar las últimas cabañas, vio que el suelo era muy lleno y que abundaban en él ciertos arbustos, cuya vista trajo a su memoria los primeros momentos del encuentro con Myrthis.

Allí también abundaban las parras silvestres.

Y estaban llenas de fruto, próximo a madurar.

—Perdona una pregunta, que te hago con el mayor respeto, capitán —dijo de pronto—. ¿Coméis de esa fruta?

—Claro, cuando está madura —respondió Eelir—. ¿Nos tomas por salvajes?

Gander prefirió no hacer ningún comentario al respecto. Además de su espada, Eelir llevaba un venablo en la mano.

Eelir no le mataría, porque necesitaban trabajadores en el Gran Pozo, pero podía arrearle algunos estacazos con el palo del venablo y Gander no tenía deseos de adornar su piel con algunos moretones.

Minutos más tarde, llegaron al Gran Pozo.

Gander lo vio y sintió que perdía el aliento.

* * *

Era una especie de cráter circular, de unos seis kilómetros de diámetro, con las paredes interiores en suave pendiente, alterada por terrazas de distintas alturas, que no seguían el trazado de una circunferencia perfecta en el interior del colosal embudo. Las terrazas se escalonaban de un modo irregular, sin que hubiese una distancia entre ellas superior a la veintena de metros.

La temperatura, en el borde del cráter, era normal. Abajo, a mil quinientos metros, sin embargo, debía de hacer un calor de infierno.

Centenares de trabajadores se movían por las terrazas, como hormigas, armados de picos, palas y unos rudimentarios cestos, en los que echaban la

tierra que arrancaban a las paredes del cráter. A continuación, vertían la tierra en unos deslizaderos lisos, semicilíndricos, que la llevaban al punto más bajo, donde una cinta transportadora, con cangilones, movida por un ingenioso sistema de transmisiones y ruedas multiplicadoras, la enviaba a la superficie.

La cinta transportadora era movida por energía humana.

Gander adivinó los sufrimientos de los desdichados que hacían girar la gran rueda gigante, horizontal, la que, a su vez, ponía en marcha los mecanismos. Aquella rueda tenía más de cuarenta metros de diámetro y estaba prolongada en un centenar de brazos exteriores, amarrados a cada uno de los cuales había cuatro o cinco hombres.

Un individuo se acercó de pronto a los recién llegados.

—Te saludo, Eelir —dijo.

—Digo lo mismo, Kuuv. Aquí tienes un prisionero.

Kuuv estudió a Gander durante unos momentos.

—Parece fuerte —dijo—. Le probaremos durante los primeros días. ¡Alqos!

Un hombre armado acudió corriendo.

—¿Capitán?

—Una semana de rueda —dijo Kuuv—. Informa cuando haya pasado ese plazo.

—Sí, capitán. Vamos, tú.

En las paredes del Gran Pozo había tallados infinidad de escalones, alternados con rampas, que formaban caminos zigzagueantes. Gander y su guardián se acercaron a una cabaña. Otro guardia salió y entregó al prisionero un sombrero de burda tela.

Gander se extrañó de la prenda. Miró en la badana del forro y leyó: *Made in Earth*. «Hecho en la Tierra», pensó.

Con rostro impasible, se puso el sombrero, procurando olvidar el dolor que aún sentía en el lugar donde había recibido aquel brutal porrazo. Su guardián le condujo hasta el arranque de una de las escaleras.

Antes, sin embargo, pasaron por el final de la cinta transportadora, que arrojaba la tierra en una especie de tolvas, donde era cribada. Había allí un

centenar de hombres que escrutaban la tierra, según pasaba ante ellos, hurgando con las manos.

De cuando en cuando, alguno de los trabajadores sacaba un objeto brillante y lo dejaba en un recipiente que tenía al lado. Gander supo, al fin, que el Gran Pozo era una colosal mina de diamantes.

* * *

Lo peor de todo no era hacer girar la enorme rueda, tan semejante, en sus principios, a las ruedas que animales de cuatro patas habían movido desde los tiempos bíblicos, para hacer funcionar una noria.

Costaba bastante hacer arrancar a la rueda, dado su tamaño, peso y los mecanismos que accionaba, pero una vez conseguido el momento de inercia, el trabajo era mínimo: prácticamente, se reducía a andar y andar, con las manos puestas en la vara, durante un montón de horas, sin más que un descanso a mediodía, en el mismo puesto de trabajo.

Lo peor de todo eran los kilómetros que era preciso cubrir para llegar a los barracones del llano, donde pernoctaban. En línea recta, hubieran sido tres y medio aproximadamente; ahora bien, debido a la pendiente y al hecho de que era necesario utilizar escaleras y rampas, la distancia se alargaba a bastante más de cinco kilómetros. La bajada era fácil. La subida, después de una larga jornada en la rueda, era infernal.

Los hombres se desplomaban en los barracones, sin deseos apenas de probar la cena, que Gander halló poco sabrosa, aunque abundante y nutritiva. Comió desde el primer día, sobreponiéndose a la fatiga.

Era preciso conservar hasta el último gramo de fuerza, para el día en que intentase la fuga.

Porque Gander no pensaba dejarse morir en el Gran Pozo.

La primera semana le sirvió para observar numerosos detalles de gran interés.

En primer lugar, aparte del calor que reinaba en el fondo de aquella caldera, calor más bien debido a su peculiar situación que a las condiciones climáticas de la comarca, pudo advertir que la escasa inteligencia de los prisioneros, debida más bien a su falta de civilización, contribuía altamente a un elevado índice de mortalidad.

Ciertamente, abundaban los guardianes armados y con látigos que no dudaban en utilizar cuando la ocasión lo requería, pero Gander notó que sus vigilantes

no tocaban al que actuaba silenciosa y disciplinadamente. En cierto modo, poseían un extraño sentido de la justicia, que les impedía ser arbitrariamente crueles con los prisioneros encomendados a su justicia.

Otro detalle en el que reparó Gander fue la escasa afición a la higiene que poseían los condenados. Cerca de los barracones, pasaba un arroyo, de claras y frescas aguas. La inmensa mayoría de los prisioneros apenas usaban el agua sino para beber. Gander, en cambio, procuraba bañarse a diario, aunque resignándose a no usar el jabón. Pero los vigilantes no ponían límites para el tiempo que un hombre podía permanecer en el baño.

Había muchos rebeldes, ciertamente, y Gander los comprendía. Los guardianes, sin embargo, eran implacables con quienes se sublevaban. Gander, no obstante, procuró ser en todo momento un hombre callado y obediente.

También notó que los prisioneros de la rueda se alternaban con los picadores de tierra o con los seleccionadores de diamantes. Era una astuta utilización de la mano de obra, con objeto de que los prisioneros durasen más.

Lo único que empañaba el ánimo de Gander era el recuerdo de Myrthis.

Aún no había podido quitarse de la mente aquella espantosa imagen...

Myrthis, con una flecha en el pecho, derrumbándose al suelo, muerta.

Una y otra vez se decía que era imposible, pero hartó sabía que ya no la vería más.

Al cabo de una semana, el octavo día, fue llamado a presencia de Kuuv, el capitán de guardianes.

—Tengo noticias tuyas —dijo Kuuv—. Son buenas.

Gander se inclinó.

—Eres muy amable, señor —contestó.

—La inmensa mayoría de los prisioneros se rebelan apenas llegan aquí y tienen que ser convencidos a la fuerza de que todas sus rebeliones serán inútiles. Tú, en cambio, no has protestado una sola vez. ¿Por qué?

—¿Protesta el ser humano ante el huracán que lo derriba?

Kuuv sonrió.

—Eres muy listo —dijo—. Quizá, por eso mismo seas peligroso. —De repente se llevó una mano a la mejilla y puso gesto de dolor—. ¡Maldita muela!

Gander mantuvo su gesto impassible. Kuuv soltó un par de maldiciones más y luego añadió:

—Estarás dos semanas picando tierra en las laderas. Dos más, cribándola, para obtener diamantes. Luego una semana de rueda y así...

Kuuv suspiró.

—Créeme, yo no he hecho la ley. Puedes irte —concluyó.

—Perdón, señor. Dispensa mi atrevimiento, pero quería pedirte un favor.

Kuuv alzó las cejas.

—¿Sí?

—Los barracones donde los prisioneros somos encerrados después de la jornada de trabajo... hieden, apestan de un modo insufrible. Aunque sea encadenado, prefiero dormir al aire libre. Podrían bañarse a diario, pero casi ninguno lo hace...

El jefe de vigilantes sonrió.

—Lo tendré en cuenta —contestó, agitando la mano. Pero, inmediatamente, volvió a poner cara de dolor—. Esta muela...

Aquella noche, Gander, con los tobillos sujetos por una cuerda, atada por el otro extremo a un poste, no lejos del cual se hallaba un centinela, durmió al aire libre.

Su pituitaria se vio libre de malos olores, no así su mente de amargos recuerdos.

Pero también pensó en Ivo Schanek.

¿Dónde había visto antes al individuo?

CAPITULO VII

Gander llenó su cesto y caminó hacia el canalón que conducía la tierra hasta la tolva situada en el fondo del pozo, de donde era trasladada a la cinta transportadora que, a su vez, la enviaba a los cribadores. Había varios canalones, excavados en las propias laderas del cráter y aunque parecía un atraso enviar la tierra hasta el fondo, la realidad era que, de este modo, la cinta transportadora se movía siempre con una carga continuamente regular, lo que no habría sucedido de arrojar el contenido de los cestos en cualquier punto de su trayectoria.

El trabajo era más descansado, por lo menos, no tan rutinario como el de dar vueltas a la rueda. Los guardianes no azuzaban demasiado a los prisioneros, aunque tampoco toleraban excesivos intervalos de descanso. De repente, cuando Gander acababa de vaciar su cesto en uno de los canalones, pasaron dos guardianes por su lado.

Uno de ellos se sentía furioso.

—Ese maldito Kuuv... ¿Qué culpa tenemos de su mal humor? ¿Sabes?, me ha dicho que a la próxima, me envía a la rueda... Y todo por culpa de su condenada muela podrida...

Los guardianes se alejaron, pero Gander tomó nota mental de las quejas. Al atardecer, vio pasar al vigilante quejoso y llamó su atención.

—Por favor...

El suorita se detuvo ante él y le miró hoscamente

—¿Qué quieres, basura?

—Sin querer he oído lo que comentabas esta mañana con tu compañero; Aunque sea inmodestia por tu parte, yo podría curar a Kuuv.

—¿Eres médico?

—Tengo conocimientos de medicina, señor.

—Me llamo Routhos —gruñó el vigilante—. ¿De veras crees que puedes curar al capitán?

Gander insistió con la cabeza. Routhos, muy pensativo, se alejó.

A la mañana siguiente, Routhos fue a buscarle.

—El capitán quiere verte —dijo.

Minutos más tarde, Gander estaba en presencia de Kuuv.

—Esta maldita muela va a volverme loco —dijo el capitán—. Si me curas, prometo hacer algo en tu favor, para que te libren de la mina, aunque no de la esclavitud. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor. Por favor, ¿quieres ponerte frente a la luz? Así... muy bien, abre la boca ahora...

Gander contempló la muela, en un avanzado estado de caries, que dejaba el nervio al descubierto. Kuuv no se lavaba la dentadura, lo cual provocaba la natural fermentación de los alimentos, que así contribuían a una casi continua infección de la pieza dentaria.

—Está bien —dijo al cabo—. Tienes que permitir que Routhos venga conmigo a las plantaciones de parras silvestres. Necesito el jugo de ese fruto.

Kuuv le miró con asombro.

—¿Ese fruto da jugo? —preguntó.

Gander se sentía un poco miserable. Iba a revelar a aquellos salvajes los secretos del alcohol, pero no tenía la menor intención de permanecer toda su vida prisionero en la mina.

—Sí, aunque no te curaré sólo con el jugo de la uva —contestó.

—Está bien...

Minutos después, Routhos y Gander, cargados ambos con sendas ollas de barro, se dirigían a las parras silvestres.

Gander realizó la misma operación que había hecho el día de su llegada. Luego, con el propio sombrero, previamente lavado, filtró el jugo, obteniendo así cuatro o cinco litros de mosto.

Al terminar, señaló la olla con la mano.

—Prueba —invitó.

Routhos tomó un trago con aprensión. Luego repitió, con ojos muy brillantes.

—Riquísimo —sonrió.

—Vamos, hay que curar al jefe.

Regresaron al alojamiento de Kuuv. El capitán les recibió echando venablos por la boca. Gander llegó a temer por un momento que los lanzase a la rueda, pero, afortunadamente, logró contener su mal humor.

Con una vasija más pequeña, hizo que Kuuv bebiese unos cuantos largos tragos. El mosto, al fin, empezó a hacer sus efectos. Routhos contemplaba atónito el nuevo estado de su jefe.

A continuación, Gander buscó en sus ropas, hasta conseguir un hilo de algo más de un metro de longitud, uno de cuyos extremos ató a la muela enferma. El otro quedó en su mano.

—Abre la boca —ordenó.

Kuuv obedeció. De repente, sonó un rugido.

Gander enseñó la muela al extremo del hilo. Pero en la otra mano tenía ya un enorme vaso de mosto.

—Bebe —ordenó.

Minutos después, Kuuv dormía como un tronco. Gander se premió ahora con un largo trago del jugo de la uva.

Routhos le contemplaba asombrado.

—¿Eres un mago? —preguntó.

—A veces —respondió Gander con sorna—, Pero te daré un consejo: no abuses del jugo. Yo le he dado a Kuuv una cantidad mayor de la prudente, debido al estado de su boca. En circunstancias normales, no conviene beber más allá de un par de vasos al día. Pruébalo, anda.

Routhos se relamió primero y eructó satisfecho después.

—Buenísimo —dijo, con los ojos brillantes.

Gander estaba presente cuando Kuuv despertó al día siguiente. Examinó su boca y la halló casi en perfectas condiciones.

—No comas hoy cosas muy duras —aconsejó—. Y no abuses del jugo.

—Chick, me has librado de algo que me atormentaba hacía meses. ¿Qué puedo hacer por ti?

Gander se encogió de hombros.

—No me hagas trabajar demasiado —pidió.

Aquella misma noche, sucedió algo fuera de lo corriente.

Gander dormía en su sitio habitual, con los tobillos sujetos al poste por la cuerda que medía varios metros de largo. De pronto, despertó, presa de un extraño presentimiento.

Abrió los ojos, pero no se movió. Segundos después, divisó una sombra que reptaba hacia él.

Las intenciones del sujeto que se acercaba no eran buenas, a juzgar por el objeto que brillaba en su mano derecha. Segundos después, el individuo se arrodilló para descargar el golpe fatal.

A Gander le extrañó que el centinela no dijera nada. Pero no tenía tiempo de preocuparse por semejante minucia.

El asesino bajó su brazo. Una mano, de férreos dedos, apresó su muñeca. Luego, los dos hombres se enzarzaron en una lucha silenciosa, mortífera. Ambos sabían que sólo uno podía sobrevivir.

Gander estaba en desventaja, debido a sus pies atados. Pero ello no lo hacía menos temible.

De pronto, el asesino se encontró con una cuerda enrollada en torno a su garganta. Con la propia soga que servía para mantenerle sujeto, Gander había hecho un lazo que se ceñía mortíferamente alrededor del cuello de su atacante. El individuo pataleó de una forma espantosa durante unos momentos. Luego, casi con brusquedad, se quedó quieto.

Entonces, Gander volvió la cabeza.

Asombrado, se percató de que el centinela continuaba inmóvil. Sudando por todos los poros de su cuerpo, se soltó los tobillos y corrió hacia el vigilante.

Un olor inconfundible llegó a su nariz en el acto.

Sonrió. Los suoritas habían aprendido a hacer mosto. Pero, ¿de dónde había salido el sujeto que intentaba asesinarle?

Regresó junto al cuerpo inmóvil. Su sorpresa fue enorme al encontrar ropas terrestres.

Registró con cuidado los bolsillos y halló un encendedor eterno. El suyo se había perdido al ser capturado.

Una llamita brilló en la oscuridad. Gander se percató de que el muerto no era Schanek, como había sospechado en un principio.

¿Entonces...?

Reflexionó. Ya había aprendido a calcular las horas, por la posición del cielo de Ur-ki, durante la noche. Tenía todavía cuatro horas de oscuridad, por lo menos.

Siguió el registro. No tardó en hallar un pequeño aparatito, del tamaño de un paquete de cigarrillos, aunque la mitad de grueso, cuya utilidad comprendió de inmediato.

Era un transceptor de radio, con alcance planetario, siempre que las distancias no fuesen superiores a los trescientos millones de kilómetros. Gander decidió guardarse el aparato.

El cuerpo del asesino, que no llevaba encima ninguna placa de identificación, fue a parar al arroyo. Acto seguido, emprendió marcha hacia el poblado de los hombres de Su'or.

La distancia no era excesiva, unos tres kilómetros, que cubrió en poco más de media hora. Al llegar a los primeros edificios, Gander aumentó las precauciones.

Lenta y sigilosamente, se acercó a la cabaña donde residía K'vig. De pronto, oyó unas risitas femeninas.

La voz de un hombre sonó a continuación. Gander se pegó a una cercana pared de troncos. A los pocos momentos, vio salir a una mujer.

Había gustos para todo, se dijo, aunque, bien mirado, las muchachas suoritas tenían mucho que admirar. Gander esperó que la mujer se alejase. El hombre volvió al interior de la cabaña.

Aquél sí era Schanek. Gander, sin embargo, sabía que el terrestre podía tener armas poderosas, tal vez una pistola solar, capaz de convertirle en humo instantáneamente. Era preciso aguardar.

Una hora más tarde, silencioso como un reptil, entró en la casa. Los ronquidos de Schanek le orientaron en la dirección conveniente.

Minutos después, abandonaba el edificio. Antes de una hora, estaba tendido de nuevo en el suelo, atado como de costumbre.

* * *

El grupo de individuos que llegó aquella mañana al campamento de los esclavos, estaba capitaneado por Schanek, cuyo rostro expresaba claramente la cólera que sentía. Junto a él iba Eelir, seguido por cuatro hombres armados y cargados, además, cada uno, con una enorme estaca.

Un vigilante hizo que Gander se separase de la zona de cribado, llevándoselo junto a los recién llegados. Schanek se le arrojó encima, apenas le tuvo a la vista.

—¿Dónde está? —aulló.

—No entiendo...

—¡Lo sabes demasiado, miserable! Dime dónde lo has escondido o haré que te desuellen vivo.

Gander frunció el ceño. Demasiado sabía lo que pedía Schanek. Pero, para desgracia suya, Kuuv, que podía protegerle, se hallaba ausente en aquellos momentos.

—Te haré la pregunta por última vez —bramó Schanek—. ¿Dónde está?

—No sé nada. Eelir, ¿quién es este hombre...?

El capitán se sentía irresoluto.

—E... él manda...

—¡Pues claro que mando! —dijo Schanek—. Vamos, muchachos, al trabajo.

Los cuatro guerreros hincaron las estacas en el suelo. Cada una de ellas tenía tres metros de altura y su grosor era de unos quince centímetros. Uno de los extremos era puntiagudo y sirvió para que la estaca quedase sólidamente hincada en el suelo. Las cuatro estacas formaron así un rectángulo de unos tres metros de largo, por dos metros de ancho.

El extremo de cada palo tenía una muesca semicilíndrica, de unos tres centímetros de profundidad. Una vez estuvieron clavadas las estacas, los guerreros ataron sendas cuerdas a las muñecas y los tobillos del prisionero.

Había una enorme piedra, de más de veinte kilos, atada al extremo de cada

soga. Gander quedó así, en el aire, ya que las sogas pasaban por las muescas de las estacas. Las piedras, con su peso, hacían que sus músculos sufriesen una terrible tensión.

—Ahí estarás hasta que lo digas —exclamó Schanek, apenas hubo quedado concluida la operación.

Dado que las piedras tenían un peso aproximadamente idéntico, Gander quedó a unos dos metros del suelo, con los brazos y piernas en aspa. Por el momento, podía soportar la tensión de los contrapesos.

Pero, a la larga, aquella postura se convertiría en un tormento insufrible.

CAPITULO VIII

De repente, cuando Gander llevaba apenas un cuarto de hora suspendido en el aire, se oyó un bramido de cólera:

—¿Qué hace ese hombre ahí? ¿Quién ha dado orden de colgarlo de las cuerdas?

—He sido yo —declaró Schanek—. La noche pasada me robó algo muy valioso...

Los ojos de K'vig centellearon de cólera.

—Pero, miserable gusano, ¿quién eres tú para dar órdenes en mi país? ¿Es que te has creído que, por muchos beneficios que nos reporte tu presencia aquí, puedes mandar impunemente en mis hombres? Schanek, tienes autorización para ordenar a mis hombres que hagan algunas cosas, pero nadie te ha conferido el derecho de dar órdenes a mis soldados ni para causar el menor daño a mis prisioneros. ¡Soltadle inmediatamente!

La cólera de K'vig era espantosa. Cuatro hombres se apresuraron a dejar libre a Gander. El terrestre se dio cuenta de que K'vig llegaba acompañado de Kuuv.

—Escucha, señor —dijo Schanek—, tu prisionero me robó...

Gander estaba frotándose las muñecas, arrodillado, porque sabía que todavía no podía ponerse en pie.

—Señor, ese individuo está loco —exclamó—. ¿Cómo he podido robarle nada, si estoy prisionero aquí?

—Así es —terció Kuuv.

—Nadie más que él ha podido ser —insistió Schanek.

Gander se dio cuenta de que el astuto individuo no mencionaba para nada al hombre enviado a asesinarle. Movi6 una mano y dijo:

—Tengo la prueba de que no me he movido de aquí. Por favor, que llamen a los centinelas que me vigilan durante la noche.

Tres guerreros se presentaron inmediatamente. Los tres juraron que Gander no se había movido de su sitio durante la noche pasada.

El terrestre sonrió para sí. Al menos, dos de los centinelas se habrían emborrachado. Ninguno querría confesar su descuido.

—¿Has oído, Schanek? —dijo K'vig.

—En cambio, yo te di un consejo en cierta ocasión y no me has hecho caso. Bien, tú pagarás las consecuencias —contestó el aludido despectivamente.

—Me pediste que diese muerte al prisionero. Yo con testé que estamos necesitados de brazos. Y no pienso rectificar mi decisión.'

—Escucha, señor...

—Schanek, maldito, si vuelves a alzar la voz, te enviaré tres semanas a la rueda. ¡Fuera!

Schanek se marchó, echando venablos por su boca.

Gander quedó frente al gigantesco reyezuelo, junto al que se hallaba el jefe de vigilantes.

—Kuuv me ha dicho que le curaste una muela sana —exclamó K'vig de repente—. Está muy contento contigo, porque ya no tiene más dolores. ¿Acaso eras médico en tu país?

—Entiendo algo de medicina, señor —contestó Gander modestamente.

—Mi mujer está enferma desde hace algunas semanas. Quiero que la veas y, si es posible, le devuelvas la salud. Si lo consigues, podrás pedirme, incluso, la libertad.

Gander se inclinó.

—Nunca garantizo la curación de un enfermo, aunque sí hago todo lo posible por sanarlo —contestó.

—Entonces, no hablemos más. Ven conmigo. —K'vig se volvió hacia el jefe de vigilantes—. Gracias por tus informes, Kuuv.

—Chick sanará a tu esposa, señor —respondió el aludido.

Una hora más tarde, Gander estaba arrodillado junto a una mujer, que podía resultar todavía hermosa, según los cánones de belleza suoritas. La esposa de K'vig, Suona, tenía la pierna izquierda monstruosamente inflamada, desde el pie a la rodilla.

Gander tocó la piel. Ardía.

Frunció el ceño. Aquella hinchazón, se dijo, era anormal.

K'vig le contemplaba atentamente, con absoluto silencio. Gander echó de menos una lupa, pero se resignó a examinar el miembro centímetro a centímetro.

De pronto, creyó hallar la causa de la inflamación. Lo lastimoso era que no tenía a mano el tubo de celunina hemostática, aunque tal vez...

—Schanek vive en una cabaña inmediata —dijo, volviéndose hacia el reyezuelo.

—Así es —confirmó K'vig—. ¿Por qué lo preguntas?

—Haz que alguien ponga un caldero de agua a hervir. Si tienes telas, ordena que las rasguen en tiras pequeñas. Pero necesito tu permiso para registrar el equipaje de Schanek.

—Lo tienes —contestó K'vig autoritariamente.

Momentos después, Gander encontraba, tal como había supuesto, un tubo de celulina, la pasta que contenía la hemorragia instantáneamente y, además, regeneraba la piel lesionada. Schanek había sido precavido y tenía algunos instrumentos en su bolsa de primeros auxilios, de todos los cuales se apoderó Gander sin el menor escrúpulo. Le sorprendió la ausencia de Schanek, pero creyó comprender los motivos al pensar en el aparato que le había robado durante la noche.

Antes de actuar, envió un mensaje a Routhos. El guardia se presentó dos horas más tarde, con un cuenco que contenía varios litros de mosto. Gander propinó a la paciente cosa de un litro, siempre en presencia de su intrigado esposo.

Suona se durmió un cuarto de hora más tarde. Entonces, Gander pudo sajar la carne sin protestas de la paciente. La incisión tenía cuatro centímetros de longitud por otro tanto de profundidad. Momentos después, con ayuda de unas pinzas, extraía un trozo de espina, de medio centímetro de grosor, por dos de largo.

La espina estaba ya podrida, envuelta en pus. Gander drenó la herida al máximo, hizo una limpieza a fondo y luego la vendó con la pasta hemostática. Casi en el acto; Suona pareció, aunque dormida, sentirse mucho más tranquila.

La pierna tenía un aspecto casi normal al día siguiente.

Gander examinó la herida y volvió a limpiarla. El proceso de desinfección se realizaba sin la menor dificultad. La fiebre había desaparecido ya.

K'vig puso una manaza sobre el hombro de Gander.

—¿Quieres ser libre? —preguntó.

Un terrible alarido sonó de pronto en el exterior.

Alguien asomó en el umbral. Gander, aterrado, vio un espantoso chorro de líquido rojo, que brotaba de su cuello con enorme potencia.

—Los... pigmeos... —balbució el guerrero, un segundo antes de desplomarse muerto.

K'vig sacó su pistola.

—Ahí tienes una espada, Chick —gritó—. Defiéndete y no les des cuartel, porque ellos tampoco tendrán piedad de ti.

* * *

En el exterior de la cabaña reinaba un alboroto espantoso. El griterío era horripilante. Los chillidos de las mujeres herían los tímpanos cruelmente, mezclados con los aterradores gritos infantiles. K'vig se precipitó al exterior y empezó a disparar su pistola. Para sorpresa y pasmo de Gander, era una pistola de pólvora. ¿De dónde diablos la había sacado?

Pero no tuvo tiempo de sentir demasiado asombro. Algo voló hacia su garganta y le ladeó. A sus espaldas se clavó una flecha que tenía casi un metro de larga.

El autor del disparo era un sujeto de poco más de un metro, casi completamente desnudo, de piel blanquísima, cabellos del mismo color y pupilas rosadas. Gander había oído la palabra pigmeos y pensó que serían negros, pero estaba equivocado.

Tratábase de una raza de albinos, de crueldad y ferocidad inusitada, a juzgar por lo que estaba viendo. Los pigmeos iban armados con arcos, flechas, lanzas y cuchillos de ancha y afilada hoja. A pocos pasos de él, un pigmeo agarró por los cabellos a una muchacha de poco más de doce años, le echó su cabeza hacia atrás y le cortó el cuello de un solo tajo.

Gander saltó hacia el sujeto y lo atravesó de parte a parte. Entonces vio al arquero que ya había tirado contra él una vez.

La espada voló por los aires como un venablo. Gander saltó como un tigre, recobró el acero y giró en redondo, para hacer volar de un tajo la cabeza de un pigmeo que se disponía a acuchillarle por la espalda.

La pistola de K'vig tronó varias veces, hasta que agotó la carga. Entonces, el gigante agarró una enorme estaca y empezó a golpear a diestro y siniestro. Cada uno de sus golpes era un cráneo abierto, pero los pigmeos parecían estar en todas partes y no cedían en sus salvajes ataques, sin importarles en absoluto las pérdidas que sufrían.

La escena era horrorosa. Por todas partes se veían cuerpos ensangrentados, a muchos de los cuales les faltaban miembros o, incluso, la cabeza. Los suoritas se defendían con encarnizamiento, devolviendo golpe por golpe.

De súbito, alguien, en un lugar oculto, hizo sonar una especie de trompa de caza.

Los pigmeos dieron media vuelta instantáneamente y escaparon a la carrera. Gander, exhausto, cubierto de sangre, se quedó atónito al ver la rapidez que aquellos diminutos individuos podían imprimir a sus piernas.

Algunos de los atacantes no habían muerto, pero ya- . cían inmóviles en el suelo, incapaces de moverse a causa de la gravedad de sus heridas. La mortandad entre los suoritas había sido también muy grande, pero, estoicos, atendían a sus heridos y retiraban a los muertos.

Sin embargo, remataban a los pigmeos heridos.

K'vig se acercó al terrestre.

—¿Estás bien, Chick? —preguntó.

—Asombrado, pero sin una herida —contestó Gander—. ¿Por qué nos atacaron? —preguntó.

K'vig se encogió de hombros.

—Atacan periódicamente —contestó—. Parece ser propio de su forma de pensar. Pero, la verdad, estoy preocupado, porque sus ataques se realizan siempre en determinadas épocas y ahora nos han pillado desprevenidos.

—¿Quieres decir que sabéis más o menos cuándo os van a atacar?

—Así es. Normalmente, tendrían que haber atacado dentro de un par de meses, pero no alcanzo a comprender por qué adelantaron su ataque.

Gander frunció el ceño.

De pronto, se dio cuenta de que había un pigmeo vivo a pocos pasos de distancia. Un suorita se acercó para rematarle.

—¡Alto! —gritó Gander.

El suorita, sorprendido, se detuvo.

—Debe morir —gruñó.

—Obedece —tronó K'vig.

Gander se acercó al pigmeo, de cuyo cinturón pendía un extraño recipiente que, evidentemente, no era de fabricación indígena.

Destapó la cantimplora y olfateó su contenido. Al agitarla, halló que contenía aún cosa de un par de vasos de cierto licor, cuyo sabor le resultó inconfundible.

Con la cantimplora en la mano, se volvió hacia K'vig.

—Esto explica por qué os atacaron —dijo—. Alguien les atiborró de aguardiente y, borrachos, adelantaron su asalto.

—¿Qué es aguardiente? —preguntó K'vig, pasmado.

—Luego te lo explicaré...

Se volvió hacia el pigmeo. Quería hacerle una pregunta, pero el diminuto indígena había muerto ya, sin necesidad de que el suorita le clavase su venablo.

De nuevo se volvió hacia K'vig.

—No He visto a Schanek —dijo.

—No era su pelea —contestó el reyezuelo—. Por tanto, no le puedo hacer ningún reproche...

—Schanek fue el que te regaló esa pistola, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Has disparado siete u ocho tiros. ¿Tienes más cartuchos?

K'vig meneó la cabeza negativamente.

—Señor, no quisiera llevar a tu mente ideas equivocadas, pero sospecho que Schanek está realizando un doble juego —dijo Gander.

—Haré que lo busquen inmediatamente. ¿Acaso sospechas que fue él quien repartió aguardiente entre los pigmeos?

—Por el olor y el sabor he podido darme cuenta de que es un licor completamente terrestre, señor.

«Y no del bueno, además», pensó Gander.

—A nosotros nunca nos habló de ese licor —observó K'vig.

Gander frunció el ceño.

Era curioso. Schanek había hecho que los pigmeos se emborrachasen. En cambio, aunque había hecho numerosos regalos a las suoras —los objetos de acero terrestre así lo demostraban—, nunca les había dado siquiera un vasito de licor.

Ni siquiera había intentado exprimir las uvas para conseguir mosto.

¿Por qué?

Ya lo averiguaría algún día... sobre todo, si llegaba a recordar dónde había visto antes a Schanek.

—K'vig, ¿viven muy lejos los pigmeos? —preguntó.

—Oh, no, apenas a día y medio. Pero ordinariamente se mantienen dentro de los límites de su territorio, señalado por un gran río en el que, sin embargo, hay numerosos vados. Lo normal es que, prevenidos de la fecha del ataque, salgamos a su encuentro. Entonces, cambiamos algunos centenares de flechas, hay unos pocos combates individuales... y luego, cada bando se vuelve a su casa. Pero nunca había sucedido una cosa semejante.

—Tal vez, también, es la primera vez que alguien les daba aguardiente —manifestó el joven, ceñudo.

K'vig se acercó a él de nuevo y le puso una mano en el hombro.

—Has curado a mi esposa y peleado con nosotros —dijo—. Eres libre y, si lo

prefieres, puedes quedarte y ser uno más de los nuestros.

Gander meneó la cabeza.

—No, gracias —contestó—. Pero voy a pedirte dos favores.

—Concedidos —dijo el reyezuelo.

—El primero es la libertad de una amazona, llamada Myrthina.

—Lo siento —respondió K'vig—. En nuestra última incursión, tú fuiste el único prisionero. ¿Qué otra cosa pides?

Gander pensó que la madre de Myrthis habría muerto en la batalla... o tal vez había conseguido escapar de sus raptos, reuniéndose de nuevo con su esposo. Deseó que hubiera sucedido lo último.

—La segunda cosa que tengo que pedirte es que hagas la paz con las Amazonas y con los pigmeos —dijo al cabo.

Hubiera debido solicitar también la libertad de los prisioneros que trabajaban en el Gran Pozo, pero sabía que esto era algo imposible por el momento.

Ya llegaría la hora, se dijo, en que los hombres trabajasen libremente en la extracción de diamantes, si resultaba necesario. Ahora era una petición prematura, vistas, además, las condiciones de trabajo, que no resultaban tan dramáticas como algunos espíritus timoratos habían contado.

K'vig respingó.

—¿La paz con pigmeos y Amazonas? —repitió.

—Sí —confirmó Gander, impertérrito.

—Pero nunca ha habido paz...

—Algún día tiene que llegar. ¿O no hubo una época en que había paz en Ur-ki?

El reyezuelo asintió con un gruñido.

—En realidad, hace unos veinte años... —pero no quiso seguir hablando del tema—. ¿Cómo conseguirás la paz? —preguntó. .

—Lo único que quiero, por el momento, es la libertad y un caballo octópodo —respondió Gander.

Una sonrisa apareció a través de la espesa barba que cubría el rostro del suorita.

—Has curado a mi esposa y no te puedo negar nada —respondió.

A Gander le pareció ser el protagonista de aquella fábula en que el hombre había encontrado al feroz león que cojeaba y lo había curado, extrayéndole la espina de la garra. Andando el tiempo, el hombre había sido arrojado a las fieras del circo romano, pero, ¡oh, casualidad!, el león que debía devorarlo era el mismo al que había sanado.

La fiera se había arrastrado hasta los pies del condenado, lamiéndoselos a la vez que meneaba suavemente la cola. Al ver lo que parecía un milagro, la plebe había pedido su perdón, que el César había concedido de inmediato.

No era lo mismo, aunque sí obtenía un resultado parecido. Y, a fin de cuentas, esto era lo que contaba.

—Antes de marcharme, quiero hacerte una última pregunta, K'vig —dijo Gander—. ¿Tenía Schanek algún ayudante?

—Sí, dos. Por cierto, no los he visto...

Gander sonrió sibilinamente.

—Gracias, es todo lo que quería saber —contestó.

CAPITULO IX

Cabalgaba a buen paso, confiando en la velocidad y resistencia del caballo octópodo, que marchaba más ligero que de ordinario, debido a la poca carga que transportaba. Gander iba ahora provisto de un arco, flechas y un cuchillo, inequívocamente terrestre, además de un recipiente para el agua y una bolsa con provisiones.

Había abundancia de animales comestibles, con los que contaba alimentarse durante el viaje. No temía a las inclemencias del tiempo, debido no sólo a la benignidad del clima, sino a la estación. Quemando etapas, podía llegar tal vez en siete días al pueblo de las amazonas.

Sabía que su misión resultaría muy difícil. Quizá un fracaso.

Hrilia y las demás consejeras, sin contar con un enorme número de amazonas, tendrían muy presente, no sólo el ataque de los hombres de Su'or, sino la catástrofe ocurrida al desplomarse la nave, falta de sustentación.

Las amazonas supervivientes no querrían confesarse siquiera autoras del fracaso, culpables de haber abandonado sus puestos en el momento de la batalla. Todas las culpas serían para él.

Pero su deber era intentarlo.

Había recorrido ya unos sesenta kilómetros, adentrándose en un espeso bosque, sin que el caballo octópodo diese señales de fatiga. La velocidad media era de unos veinticinco kilómetros a la hora. A mediodía, haría un alto de un par de horas. El animal descansaría, restauraría sus energías con la hierba que abundaba por aquellos parajes y luego estaría en condiciones de seguir galopando hasta la llegada de la noche.

Sus pensamientos fueron bruscamente cortados por algo que se ciñó con terrible fuerza en torno a la garganta.

Algo tiró de él, arrancándole de los lomos de la bestia. Gander se sintió izado en el aire.

Perneó frenéticamente, mientras trataba de soltarse el mortal lazo que le cortaba la respiración. Un velo rojo cubrió sus pupilas. Claramente se dio cuenta de que iba a morir ahorcado.

De pronto, oyó un grito.

Luego, un silbido. Alguien emitió un horrible alarido.

Gander sintió que caía al suelo, a la vez que se aflojaba la presión de la cuerda alrededor de su cuello. Instantes después, una forma oscura cruzaba la atmósfera, para ir a estrellarse con sordo impacto sobre la tierra.

El terrestre quedó tendido sobre la hierba, tratando de sobreponerse a la agonía de unos momentos antes. Con una mano, se quitó la cuerda del cuello, que le dolía horriblemente.

Un cuerpo humano yacía a su lado. En su mano derecha tenía todavía el otro extremo de la cuerda. En su pecho se veía el emplumado astil de una flecha.

Sonaron unos pasos en la blanda hierba. Alguien se arrodilló a su lado.

Una mano, de tostada epidermis, acercó a su boca algo parecido a una cantimplora. La voz era suave al decir:

—Bebe, bebe...

Gander bebió. Tardó algunos segundos en darse cuenta de que el líquido que pasaba por sus doloridas fauces no era agua.

—¡Vino! —exclamó.

—En efecto, querido.

Gander creyó que los sorbos de vino habían afectado ya a su cerebro. Elevó los ojos un poco. A menos de dos palmos, vio el hermoso rostro de Myrthis, en cuyos ojos brillaban unas lágrimas de alegría.

—Tú...

—Yo misma —confirmó ella.

Gander se sentó en el suelo y alargó sus brazos.

—Esto es un sueño, no puede ser realidad —dijo.

Pero cuando los labios de Myrthis estuvieron en contacto con los suyos, comprendió que no deliraba, sino que lo que sucedía era algo venturosamente real.

* * *

Myrthis se señaló la tira de piel que cubría su bien formado pecho.

—La flecha vino de refilón y se hundió apenas un par de centímetros en la epidermis —explicó—. Pero, lo confieso, soy una cobarde y me creí herida mortalmente. Por eso caí al suelo.

—Eso es lo que nosotros llamamos *shock* —dijo él—. Por tanto, estás curada.

—Sí —contestó Myrthis, con ojos muy brillantes.

—Y, dime, ¿ha quedado señal? —preguntó él maliciosamente.

Ella se sonrojó.

—Creo que es algo que no debe preocuparte —contestó—. Por cierto, ¿qué haces aquí?

—Me parece que soy yo quien debe hacer la pregunta, Myrthis.

—Te lo diré claramente: iba a buscarte.

—¿Tú? —se asombró él.

—¿Te extraña? Eres el hombre de mi vida. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por salvarte, máxime sabiendo que estabas prisionero y en una horrible situación, en aquel espantoso lugar...

—Bueno, a decir verdad, la situación no era pésima ni el Gran Pozo es tan horripilante como se dice. Por supuesto, no es agradable estar allí y lo que sucede realmente es... Pero luego te lo explicaré todo con más detalle. Ahora voy a ver quién es ese tipo que quiso ahorcarme.

Gander se frotó el cuello mientras se incorporaba. Su atacante yacía de espaldas en el suelo, con la flecha profundamente hincada en el centro del pecho. Los ropajes, advirtió Gander, eran enteramente terrestres.

—El otro ayudante —murmuró.

—¿Cómo?

En el equipo del sujeto había una pistola solar, de la que Gander se apoderó sin el menor escrúpulo, además de algunos objetos personales que también guardó, incluido el transceptor de alcance planetario. Le extrañó que hubiese llegado tan pronto a aquel lugar, pero no tardó en encontrar, atado entre la espesura cercana, un caballo octópodo, al cual dejó suelto inmediatamente.

Gander no había querido dar explicaciones a la muchacha sobre sus problemas con Schanek. Lo haría más adelante.

—Estoy listo —dijo minutos después.

—Bien, ¿dónde instalamos el campamento? Hemos de buscar un sitio donde poder vivir con tranquilidad...

Gander miró sorprendido a la muchacha.

—Myrthis, ¿qué diablos estás diciendo? ¿Acaso sugieres que hemos de quedarnos en estos parajes?

—Sí, Chick.

—Por todos los soles de... Preciosa, te aseguro que no entiendo nada de lo que dices.

Ella estaba muy seria.

—Cuando partí en tu busca, sabía que ya no podría volver más a mi pueblo. Mis padres lo aprobaron, aunque no públicamente, sobre todo ella, porque él, como todos los varones adultos, está más vigilado que nunca.

—Pero, ¿a qué se debe...?

—Naturalmente, a la derrota. Bajo la nave quedaron aplastadas más de doscientas mujeres guerreros, sin contar las que murieron en la batalla.

—Pero eso se debió, sobre todo, a la indisciplina de las que movían las ruedas. Ellas abandonaron los puestos que tenían encomendados. Y la batalla tomaba ya un curso favorable para nosotros... La prueba es que fui yo el único capturado.

Myrthis hizo un gesto pesimista con la cabeza.

—Las consejeras, y buena parte de las demás, no quisieron atender a razones, y la costumbre respecto a los hombres, que se había relajado considerablemente, volvió a ser más dura que nunca —manifestó.

—Querida, a pesar de todo lo que me dices, debo volver a tu pueblo.

—¿Por qué? Hay espacios inmensos en este planeta, donde podemos vivir solos...

—Lo sé. Sin embargo, debes saber que soy enviado especial de K'vig.

El rostro de la muchacha expresó una enorme sorpresa.

—Algo así como embajador —adivinó.

—Exactamente.

—No lo comprendo. Creí que estarías encadenado en el Gran Pozo...

—Trabajé allí, en efecto —sonrió él—. Y no es agradable, aunque repito, tampoco tan espantoso como cuentan las leyendas. Pero tuve la suerte de curar al capitán de vigilantes y luego a la propia esposa de K'vig. Ahora son mis amigos.

—Si dices eso ante las amazonas, te harán pedazos.

—¡Pues lo diré y no me harán pedazos! En este mundo es preciso conseguir la paz... aunque sea rompiendo algunas cabezas duras —contestó él enérgicamente—. ¿Es que no has aprendido nada de lo que te enseñó el esposo de Myrthina?

Ella se sonrojó.

—Claro, pero... —De pronto suspiró—. Estaré siempre contigo, para bien y para mal, de modo que volveré al pueblo. Pero pobre de la amazona que intente tocarte al pelo de la ropa.

Gander se echó a reír.

—Creo que mis argumentos acabarán por convencer a las consejeras —aseguró.

Agarró a la muchacha por la cintura y la sentó en el lomo del manso caballo de ocho patas, que aguardaba a poca distancia. Myrthis le dirigió una cálida mirada. Momentos después, la bestia reanudaba la marcha.

Una hora más tarde, Gander oyó un pequeño silbido y sacó el transeptor.

—Joe —dijo alguien.

—Lo siento, Ivo —contestó el joven alegremente—. Su esbirro no debió aceptar nunca la misión, que le ha transformado en pasto de alimañas.

A través del aparato sonó una horrible maldición. Gander contestó con una segunda carcajada y cortó la comunicación.

Pero su alegría tenía mucho de fingida. Mientras Schanek estuviese en la superficie de Ur-ki, la paz no sería sino una bonita palabra, vacía por completo de contenido práctico.

La llegada de la pareja al pueblo de las Amazonas causó verdadera sensación.

Las centinelas fueron las primeras en advertirlo y avisaron a las demás. A los pocos momentos, Gander y la muchacha se vieron rodeadas por una furiosa multitud de mujeres, que dirigían violentos apostrofes a los recién llegados, pero muy en especial a Myrthis, a quien tachaban de traidora a su sexo.

Myrthis soportó estoicamente las imprecaciones. Gander no dijo nada, aunque sí pudo darse cuenta de que la inmensa mayoría de las que se manifestaban eran de edad superior a los cuarenta años.

Había muy pocas jóvenes, lo que le concedió ciertas esperanzas. De repente, una Amazona, tal vez más fanática que las restantes, intentó arrancar a Myrthis de los lomos del octópodo.

—¡No la toques! —rugió el joven.

La mujer le miró desafiante, con los puños en las caderas.

—Ven a decirme eso aquí, en el suelo —exclamó.

Gander desenfundó la pistola solar y levantó el seguro.

—Myrthis, si ves que alguien intenta atacarme por la espalda, dispara —ordenó.

—Lo haré —prometió ella, ceñuda.

Gander pasó una pierna por el lomo del animal y se dejó resbalar al suelo. Delante de él había una mujer enormemente robusta, con músculos muy desarrollados y un espíritu lleno de belicosidad.

—Voy a hacerte pedazos —anunció la Amazona—. Y no usaré más que mis manos...

—Hasta ahora, no he visto que uses otra cosa que tu lengua y sólo para decir estupideces —rió Gander, burlón.

Ella lanzó un bramido de ira y se arrojó contra el joven. La lucha apenas tuvo historia.

La Amazona no tenía idea de lo que era pelear con los puños, ni tampoco conocía otro género de combate. Gander «ablandó» su estómago con dos buenos golpes, mientras ella manoteaba estérilmente, y luego, mediante una

llave bien aplicada, la hizo volar por los aires.

Sonaron algunos gritos de admiración. Gander se dio cuenta de que su rival era una de las mejores luchadoras del pueblo de amazonas. Pero aunque la mujer se levantó de inmediato y tornó obstinadamente a la carga, la pelea no podía tener ya más que un resultado.

Gander castigó un par de veces más el estómago e hígado de su oponente y finalizó el combate con un demoledor derechazo al mentón, que derribó a la amazona sin conocimiento. Cuando la mujer cayó como un tronco, Gander oyó más gritos de aprobación que antes.

El número de amazonas jóvenes había aumentado.

Gander sonrió al saltar de nuevo sobre los lomos de la montura.

—Sigamos, Myrthis —dijo simplemente.

CAPITULO X

El rostro de Hrilia y de las demás consejeros no auguraba nada bueno para el enviado de K'vig. Myrthina había vuelto a ocupar su escaño y era la única que miraba con simpatía a la pareja. Gander se dijo que un solo voto a favor sería muy poca cosa como apoyo de sus peticiones.

—La desvergüenza de K'vig es inaudita —dijo Hrilia, después de haber escuchado las palabras del embajador—. Nos atacaron, sin previo aviso, mataron a muchas de nosotras, o las hirieron; se llevaron gran cantidad de prisioneros... ¿y todavía habla de paz ese miserable?

—Hrilia, ¿quién fue tu padre? —preguntó Gander, impertérrito.

—Eso no tiene importancia ahora...

—La tiene —dijo el terrestre firmemente—. Tu madre, cuando llegó la edad, salió en busca de un padre para sus hijos y capturó un suorita. ¿A quién capturaste tú cuando te llegó la edad de ser madre?

—Pero ésa es una costumbre ancestral...

—Que no existía en Su'or.

—Bueno, cada pueblo vivía...

—Separado, es cierto, pero, desde tiempo inmemorial, las amazonas capturaron hombres de Su'or, sobre todo. En cambio ellos, por muchas víctimas que hayan causado entre vosotras, no empezaron a guerrear contra las amazonas sino hace unos pocos años. Y después de haber soportado los secuestros durante siglos, algo de razón tenían, me parece.

—Bien, supongamos que lo que dices es cierto...

—¿Ah, he mentido? —cortó Gander, irónico—. No sabía que relatar la historia de ambos pueblos fuese mentir. Escucha, Hrilia, y también hablo para las restantes consejeras; os conmino a firmar la paz con los suoritas. Os guste o no, a partir de este momento, vais a vivir en paz con vuestros vecinos. ¿Está claro?

Hrilia y muchas consejeras rieron burlonamente.

—¿Cómo nos vas a obligar a firmar esa paz? —preguntó una.

Gander miró con fijeza a la amazona. —Si es preciso, todas las mujeres en

buen estado, irán a trabajar al Gran Pozo —respondió.

—Y tú nos llevarás allí, en fila, pidiéndonos, además, que cantemos canciones...

—¡No bromeo, mujer! —tronó el joven—. Es hora de que la luz entre en vuestros estúpidos cerebros. Tenéis que empezar a pensar que sois iguales a los hombres...

—¡Somos superiores! —gritó Hrilia.

—Debéis rebajaros a la igualdad, porque, de lo contrario, descenderéis hasta la inferioridad total. Es mejor perder un poco, lo que no duele tanto, que perderlo todo, porque eso es la derrota absoluta. Sois superiores a los hombres, es cierto —dijo Gander un tanto aduladoramente—, pero debéis aprender a ser iguales... o seréis irremisiblemente inferiores durante el resto de vuestras vidas.

Sobrevino un momento de silencio después de las palabras de Gander. El terrestre se dijo que su parlamento no había calado en unas mentes poco dispuestas a aceptar sus alegatos.

Al fin, Hrilia dijo:

—Voy a darte mi respuesta, que es la de todas nosotras. No podemos acceder a tus pretensiones. No firmaremos la paz con K'vig. Si los hombres de Su'or quieren guerra, la tendrán.

Gander inclinó la cabeza.

—Has hablado —dijo lacónicamente.

—En cuanto a ti, tienes dueña y debes obedecerla. Eso es todo —concluyó la presidente del consejo de Amazonas.

Gander y la muchacha se alejaron, seguidos por algunos gritos de cólera. Myrthina les alcanzó más tarde.

—Lamento no haber podido hacer nada en vuestro favor —dijo—. No soy la única que quiere la paz, pero estamos en minoría.

Gander sonrió.

—A las que quieren la guerra, tendremos que ablandarles la cabeza con algo más que simples palabras —contestó—. ¿Cómo está tu esposo?

—Bien, trabajando en los campos de vegetales alimenticios. Pero ya no tiene la libertad que antes; los hombres están más vigilados que nunca...

—Eso acabará más pronto de lo que crees, Myrthina.

La mujer miró a su hija y sonrió.

—Chick es todo un hombre —dijo—. No lo sueltes nunca.

La mano de Myrthis se apoderó de uno de los brazos de Gander.

—Es mío para siempre —respondió apasionadamente.

Más tarde, Gander fue en busca de Byzar y conferenció con él larga y extensamente, confiándole sus planes, que el antiguo astronauta aprobó sin dificultad. Byzar prometió hacer todo lo que él dijera, después de lo cual se separaron.

Transcurrieron dos semanas. Un día, de repente, al amanecer, el pueblo de las Amazonas se encontró cercado.

* * *

En todo cuanto alcanzaba la vista, no se divisaba sino un espeso cinturón de hombres armados hasta los dientes, que rodeaban por completo la zona. Algunas mujeres quisieron romper el cerco, pero fueron fácilmente rechazadas. Dispararon flechas y se estrellaron contra los escudos que los hombres de Su'or habían construido, siguiendo las indicaciones de Gander.

Cuando las Amazonas cargaron para una lucha cuerpo a cuerpo, fueron detenidas por hileras de picas de cinco metros de longitud. Hubo algunas bajas, pero fueron escasas y la mayoría a causa de heridas de poca importancia.

Hrilia y sus compañeras de consejo se sentían inquietas por el inesperado curso de los acontecimientos. Después de largas y enconadas deliberaciones, acordaron lanzar un ataque al día siguiente, poco después de amanecer.

El ataque sería inesperado, rápido y violento, concentrándose en un punto, con objeto de romper la línea de cerco. Una vez hubiera saltado la línea enemiga, el grupo de ataque se dividiría en dos, esparciéndose a derecha e izquierda, con lo que, en aquel punto, los suoritas serían atacados a la vez por el frente y la retaguardia.

—La confusión se introducirá en las filas enemigas y se verán obligados a

levantar el sitio —concluyó Hrilia la exposición de su plan, que fue aprobado sin más dilación.

Pero a la mañana siguiente, cuando las Amazonas despertaron para pelear, se encontraron sin armas.

Apenas había unos pocos arcos y venablos, y las flechas que quedaban no pasarían de dos centenares. El desaliento se apoderó de las mujeres guerreros, que no comprendían lo ocurrido.

Gander buscó a Hrilia.

—Estáis derrotadas —dijo—. No tenéis armas y los suoritas pueden mantener el cerco indefinidamente. Tarde o temprano, empezarán a padecer hambre. ¿Hasta cuándo pensáis seguir así?

Hrilia le dirigió una colérica mirada.

—Has sido tú —adivinó.

—Sí —admitió Gander sin pestañear—. Pero no he actuado solo. Todos los hombres, sin excepción, han estado a mi lado, y ellos han sido los que, durante la noche, os han dejado sin armas. También es justo reconocer que muchas jóvenes Amazonas nos han ayudado.

Ellas piensan de modo distinto; quieren vivir en paz, teniendo siempre al lado al esposo que las ayudará a sostener la casa y a cuidar y a educar a los hijos. Puedes creerme que cada día será mayor el número de las que piensen como Myrthis y como muchas jóvenes de su edad.

Hrilia apretó los labios.

—Entonces, estamos vencidas —dijo.

—Todo depende de lo que consideres como derrota. Conseguir la paz en ventajosas condiciones, no es nunca una derrota. Si ahora firmas un pacto con K'vig, ganarás como él. De lo contrario...

—Reuniré al consejo, es todo cuanto puedo decirte —respondió la Amazona.

Fue una reunión de trámite. Gander recibió el encargo de ir en busca de K'vig, en cuya compañía volvió poco más tarde.

K'vig sonreía satisfecho.

—Haría todo lo que me pidiese este hombre, por difícil que fuese —declaró

—. Hrilia, olvidemos el pasado.

—De acuerdo —se resignó la amazona.

—A mis hombres les han gustado siempre tus chicas. Lo que no les gustaba era ser capturados como simples machos y enviados luego a labrar la tierra. Eso cambiará a partir de ahora.

—Ha cambiado ya —reconoció Hrilia.

—Pero la paz no ha llegado aún —intervino Gander.

Hrilia le miró inquisitivamente.

—¿Por qué? —preguntó.

—Todavía quedan los pigmeos. Es preciso acabar con su espíritu belicoso. Entonces será cuando verdaderamente reinará la paz en Ur-Ki.

—Esas pequeñas fieras... —dijo K'vig.

Gander entornó los ojos.

—Déjalo de mi cuenta, señor —pidió.

—Es preciso actuar rápidamente —manifestó el reyezuelo—. Antes de dos semanas, los pigmeos desencadenarán su ataque periódico.

—Entonces, pondremos manos a la obra inmediatamente.

Gander explicó su plan. Cuando lo conoció, Myrthis dijo que iba a acompañarle.

El joven se negó. Myrthis le dijo que ya no volvería a separarse de él por nada del mundo.

Gander, resignado, accedió.

* * *

Dos semanas más tarde, Gander y Myrthis se hallaban a orillas del río que marcaba los límites entre las comarcas de Su'or y el país de los pigmeos.

El poblado de los pigmeos, de gran extensión, quedaba a la derecha, en la ladera de una gran colina. Al llegar la noche, Gander y Myrthis pasaron el río, utilizando el vado, y alcanzaron la otra orilla.

Gander despertó a la mañana siguiente.

—No cabe la menor duda, la hierba está madura —dijo.

—De modo que es esto —murmuró ella.

—Sí.

Myrthis sonrió.

De pronto, Myrthis señaló a lo lejos una enorme masa de hombres que se movían en dirección al río.

—Los pigmeos se disponen a atacar —dijo.

—Era lo esperado —contestó él.

—Pero, si todavía no han recolectado la cosecha...

—El ataque forma parte del rito. Ahora han ingerido semillas procedentes de la última cosecha. Cuando regresen, se dedicarán a la recolección de las que deben tomar dentro de dos años.

—¡Qué costumbres tan extrañas! —se asombró la muchacha.

—No menos extrañas que las vuestras —sonrió Gander.

—Eso sí es verdad —admitió Myrthis—. Pero, aun así, no éramos tan sanguinarias...

—¿Qué hacía la amazona que no conseguía capturar un esposo, porque la presa se resistía? Lo mataba, ¿verdad? Y si ella era derrotada, no esperaba vivir y no se quejaba si el enemigo le daba muerte.

—En realidad, caso de derrota, preferíamos la muerte, porque se nos hacía insoportable la idea de tener que obedecer a un hombre. Al menos, ésa es la educación que nos dieron desde pequeñas.

—Ahora todo cambiará, pero, de momento, dejemos que los pigmeos sigan su camino.

Los pigmeos atravesaron el río y se encaminaron hasta el bosque situado a menos de mil pasos de la orilla. Día y medio más tarde, tendrían a la vista el pueblo de las suoritas.

Entonces, cuando los pigmeos hubieron vadeado el río, Gander sacó su

pistola solar y empezó a pegar fuego a la hierba alucinógena.

Inmediatamente, agarró la mano de la muchacha.

—¡Corre! —dijo.

CAPITULO XI

Gander y Myrthis alcanzaron el río antes de que los pigmeos se hubieran dado cuenta siquiera del fuego que se iniciaba a sus espaldas. La hierba, muy seca, ardía con increíble rapidez.

Las llamas se alzaban a gran altura y producían un humo negruzco y pestilente, arrastrado por una suave brisa en dirección opuesta al río. Los últimos grupos de pigmeos vacilaron.

El espectáculo era impresionante. En todo cuanto alcanzaba la vista, no se veía sino un mar de llamas, que se desplazaba con terrible rapidez. Sin embargo, la combustión de las hierbas se producía con enorme velocidad y, a los pocos minutos, se convertían en cenizas.

—Vamos, Myrthis.

Cruzaron el río y esperaron al sol, en la otra orilla, secándose apaciblemente. De repente, oyeron un enorme clamoreo.

—Los pigmeos son atacados —adivinó él.

—Con tal de que todo salga bien...

—Espero que sí, preciosa.

En aquel momento, cientos y cientos de redes habían caído de las alturas sobre los belicosos pigmeos, envolviéndolos en sus mallas, con lo que les impidieron no sólo seguir su avance, sino combatir con mediana eficacia. Algunos consiguieron escapar, no obstante, pero fueron alcanzados por las flechas que amazonas y suoritas disparaban implacablemente.

Gander se levantó una vez más, cuando el ruido se hubo disipado en su mayor parte.

—Creo que podemos arriesgarnos —dijo.

Iniciaron la marcha. A poco, vieron venir corriendo a media docena de pigmeos, que huían de la trampa en que habían caído los demás.

Gander hizo unos cuantos disparos con la pistola solar a los pies de los diminutos individuos. Los pigmeos se detuvieron en el acto.

Alzó la voz.

—Tírad las armas —ordenó.

Los pigmeos obedecieron. Gander se acercó a ellos.

—¿Dónde está vuestro jefe? —preguntó.

Una mano señaló hacia al bosque., Gander agitó la pistola.

—Media vuelta y en marcha —ordenó.

El mandato fue obedecido sin apelación. Minutos más tarde, Gander y la muchacha vieron a K'vig que salía a su encuentro, acompañado de Hrilia. Byzar y Myrthina también figuraban en la comitiva.

—Todo ha salido como dijiste —exclamó el gigante, orgulloso.

—.Bien —contestó Gander—. ¿Habéis localizado al jefe de los pigmeos?

—Mis hombres andan buscándolo. No tardarán en encontrarlo.

—En tal caso, vamos allá. Pero no quiero que ninguno de los presentes diga nada, hasta que yo le conceda la palabra. ¿Entendido?

Minutos después, llegaban al bosque. A los pocos momentos, un grupo de suoritas y amazonas, mezclados sin viejos rencores, trajeron a varios pigmeos, momentáneamente sujetos con cuerdas y lianas.

—Aquí está Ywaót —dijo uno de los suoritas.

Un pigmeo se irguió furiosamente.

—Yo soy Ywaót, jefe de los hombres de piel blanca, superiores a todos los demás, pese a nuestro exiguu tamaño —declaró con no disimulada altivez—. Por ello, os ordeno que me soltéis y...

—Calma, Ywaót —dijo Gander de buen humor—. Antes de que te soltemos, habrás de contestar a algunas preguntas que quiero hacerte, en presencia de mis amigos.

—Estos no son mis amigos. Tú no eres mi amigo —contestó el menudo individuo—. Los pigmeos no tienen otros amigos que los seres de su propia raza.

—Pues ahora tendrás que empezar a tener amigos de distinta raza —exclamó el joven, sin perder la sonrisa—. A menos que prefieras que todos tus guerreros vayan a trabajar al Gran Pozo durante el resto de sus días. Y tú con

ellos, claro.

Ywaót pareció perder un poco de su firmeza al oír aquellas palabras.

—Antes preferimos morir...

—Vivir es siempre muy agradable —dijo Gander—. Y no habrá más muertes, puedo garantizártelo. Escucha, antes no conocíais las semillas rojas, que tanto os perturban...

—Nos dan fuerza y valor para combatir a nuestros enemigos.

—Lo mismo que el licor que os regaló un hombre llamado Schanek, ¿no es cierto?

Ywaót calló un momento. Gander prosiguió:

—¿Fue Schanek quien os enseñó el uso de las semillas de la hierba roja?

El pigmeo hizo un malhumorado gesto de asentimiento.

—Creo que empiezo a ver claro —dijo Gander—. Ywaót, tengo la alegría de comunicarte que todos vuestros campos de hierba roja no son sino cenizas.

—Tú los has quemado —acusó Ywaót rencorosamente.

—Lo admito, y no sólo no me arrepiento de haberlo hecho, sino que me alegro de ello. Todavía hay más; ahora, los hombres de Su'or y las amazonas cruzarán el río para ir a tu pueblo y destruirán todas las semillas que puedan encontrar en vuestras casas. Los pigmeos jamás volverán a ingerir esa hierba funesta.

—Pero, ¿por qué? —quiso saber el pigmeo, atónito.

—Por la sencilla razón de que en Ur-Ki debe reinar la paz, porque entre los hombres de piel blanca, los suoritas y las amazonas debe haber siempre paz y jamás se combatirán los unos a los otros. Los hombres de tu raza vivirán en su territorio y los suoritas y las amazonas residirán en sus países o en los lugares que más les acomode, amistosa y pacíficamente a partir de ahora, porque es lo que os conviene y para que no volváis a ser juguetes de unos hombres ambiciosos y sin escrúpulos, que han motivado estas matanzas, que antes, jamás, no se habían producido en estas tierras. ¿Habíais atacado a los suoritas antes de conocer la hierba roja?

Ywaót hizo un gesto con la cabeza.

—No —respondió.

—Alguien inculcó en vuestras mentes la falsa idea de que la hierba roja os haría poderosos, invencibles y dueños, al fin, de todos los territorios. Pero, ¿era verdad? ¿No es más cierto que cada vez que atacabais a los hombres de Su'or, aun admitiendo que matabais un gran número de ellos, también morían muchos de los vuestros? ¿Cuántas de vuestras mujeres se quedaban sin sus esposos? ¿Cuántos niños no perdían a sus padres en esas locas algaradas?

Ywaót, sin saber qué contestar, bajó la cabeza.

Gander hizo un ademán.

—Soltadles —ordenó.

Las ligaduras que mantenían juntas las muñecas de los prisioneros fueron cortadas. Ywaót hizo un movimiento como para pelear, pero se contuvo casi en el acto.

—Está bien —dijo—. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Ya lo has oído; es preciso destruir toda semilla de la hierba roja que quede en vuestro pueblo y, además, se prohibirá que volváis a plantar ese funesto vegetal. Yo os enseñaré otra clase de plantas mucho mejores y que no causan ningún daño y alimentan extraordinariamente..., pero eso —Gander pensaba en el trigo y no en el vino al hablar así—, vendrá algo más adelante. De momento quiero que empeñes tu promesa de que ya no volverás a atacar a los hombres de Su'or.

—¿Y ellos? ¿Nos dejarán en paz? —preguntó el todavía receloso jefe de los pigmeos.

—¿Os atacaron ellos alguna vez?

Ywaót volvió a mover la cabeza.

—Habrá paz —dijo—. Pero, ¿por qué actúas así? ¿Quién eres tú?

—Ya lo sabrás en su momento —respondió Gander—. Ahora quiero que escuches a K'vig.

—Queremos la paz —dijo el aludido.

—¿Hrilia?

—Nosotras también deseamos la paz —manifestó la amazona.

Ywaót levantó las palmas de sus manos hasta la altura de los hombros.

—Paz —declaró—. Lo que el jefe de los hombres de piel blanca dice, se cumple siempre.

Gander se volvió hacia sus acompañantes.

—Es hora de que se comunique lo que sucede a los prisioneros y de dejarles libres —ordenó.

Varios mensajeros, incluidos los pigmeos que habían acompañado a Ywaót, partieron de inmediato. Gander quedó allí con los jefes de los tres pueblos, Myrthis, Byzar y la madre de la muchacha.

—Hemos acordado la paz entre nosotros —dijo—. Pero eso no significa que la paz haya llegado a este planeta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hrilia.

—Nuestros futuros enemigos vendrán de las alturas —respondió el terrestre.

* * *

—Hay algo que no entiendo —dijo Myrthis más tarde, mientras los antes enemigos se aplicaban afanosamente a la tarea de prepararse para el inminente ataque que, según Gander, no podía tardar mucho en producirse—. Dime, Chick, ¿quién eres tú? ¿Qué haces en nuestro mundo?

—No tardarás mucho en saberlo, días, tal vez sólo horas... aunque nos convendría muchísimo que el ataque enemigo se produjese dentro de algunos días. De momento, lo único que te conviene saber es que voy a quedarme aquí para siempre. Contigo, claro.

Myrthis se colgó de su brazo.

—No me importa quien seas —respondió—. Lo único que me interesaba saber es lo que acabas de decir. De todos modos, hay tantas cosas que ignoro... Chick, ¿quién y por qué provocaba este funesto estado de cosas?

—Ur-Ki no es más que un pequeño peón en un juego muy grande. Pero, al mismo tiempo, era una fuente continua de ingresos para quienes os hacían mataros entre vosotros.

—¿Ingresos? ¿Qué ingresos? —exclamó ella, asombrada.

—Los diamantes del Gran Pozo.

—Oh —dijo Myrthis—. Creo que comprendo...

—El juego es muy duro y la puesta elevadísima. Pero ellos, es decir, Schanek y sus amigos, necesitaban algo que permitiese costear los gastos de su operación. Los diamantes les proporcionaban esos medios.

—Entre nosotras se hablaba mucho del Gran Pozo. Pero, a decir verdad, cuando yo era pequeña, eso era algo que no se conocía —manifestó.

—El asunto viene de muy largo, tal vez veinte años, pero es que hay cosas en las que no conviene tener prisa. Nosotros somos poco menos que un granito de arena en un mar de estrellas, y el tiempo que se emplee en ciertas operaciones, importa poco, con tal de que se culminen con éxito.

—¿Lo dices por Schanek?

—Justamente. Dentro de unos días, horas tal vez, como he dicho, tendrá lugar la batalla definitiva. Si ganan ellos, Ur-Ki habrá perdido... todos nosotros habremos perdido y quizá los que mueran sean envidiados por los que sobrevivan.

—Muy negro lo pintas, Chick —dijo.

—No puedo contestarte con falsos optimismos. Vamos a correr gravísimos riesgos, pero, si triunfamos, Ur-Ki será un edén, te lo aseguro.

CAPITULO XII

Tres días más tarde, Gander, acompañado de K'vig, se detuvo en el centro de un claro de notables dimensiones. Examinó atentamente el suelo herboso y luego se volvió hacia su acompañante.

—Aquí, ¿no?

—Así es, aunque yo sólo estuve una vez —respondió—. A él no le gustaba mucho que le viésemos entrar y salir de su aparato volador...

Gander sonrió.

—Imagino que ahora le gustará menos —dijo—. Vamos, conviene que nos escondamos.

Veinticuatro horas más tarde, algo brilló en las alturas.

—Ya vienen —dijo Gander—. Todo el mundo debe guardar silencio, sin lanzar un solo grito. Y que nadie se aparte de mis instrucciones.

Minutos después, una gran nave se hizo visible. El aparato descendía lentamente, sostenido por sus generadores antigravedad. A cincuenta metros del suelo, surgieron las patas del tren de aterrizaje, vástagos rematados en placas cilíndricas, cuyas huellas había advertido Gander la víspera.

—Esta no es la nave de Schanek —dijo K'vig a media voz.

—No puede ser, pero tampoco importa. Cuando Schanek viajaba, usaba un aparato mucho más pequeño. Ahora, inevitablemente, necesitaba uno de mayor capacidad.

Gander reconoció la nave al momento.

Sonrió para sí. Algunos meses antes, había sido lanzado con un paracaídas desde aquella astronave.

Seguramente, pensó, el capitán Ulanthor estaba maldiciendo el momento en que tuvo la idea de abandonarle en Ur-Ki. Pero esto ahora ya no tenía la menor importancia.

La *Spacegull* se posó al fin en el suelo. Cuatro escotillas laterales se abrieron simultáneamente y sendos pelotones, compuestos cada uno por cincuenta hombres armados con pistolas solares, saltaron al suelo.

—Menos mal —murmuró Gander—. Si llegan a traer rifles -de pólvora, lo hubiéramos pasado peor.

—¿Por qué? —quiso saber Myrthis, situada a su lado.

—Las pistolas solares tienen un alcance máximo de ochenta metros. Un rifle de pólvora puede matar a mil o más metros.

Varios individuos se hicieron visibles en una de las escotillas. Gander abandonó su escondite.

—¡Schanek! —llamó.

—¡Gander! —rugió.

—Aquí me tiene —contestó el joven—. Ah, y ahí veo también a Simón Rutlane, gobernador del XVI Distrito Galáctico. ¿Qué tal, capitán Ulanthor?

—¡Tú, maldito borracho...! —gritó el último de los nombrados.

—Debiera haber pensado un poco más en mis antecedentes, capitán —contestó—. ¿Sabe que en Ur-Ki hay un vino magnífico?

—Te voy a...

—Cállese, capitán —ordenó Rutlane—. Ese hombre tiene algo que decirnos. ¡Hable, Gander, o como quiera que se llame!

—¡Gobernador, en nombre del Gran Consejo de este Supersector de la Galaxia, le intimo a que se entregue, junto con todos sus compañeros! —gritó Gander—. De no hacerlo inmediatamente, tendrán que atenerse a las consecuencias.

* * *

Alguien, uno de los soldados recién desembarcados, soltó una risita nerviosa. Schanek lo apostrofó furibundamente.

—Cállese, imbécil —dijo. Elevó la voz—. Gander, maldita sea, he venido con la gente suficiente para arrasar todo...

—Y a mí el primero, ¿verdad? —rió el joven—. Por lo visto, le sabe mal el fracaso de su compinche cuando estaba yo prisionero en el Gran Pozo y no puede digerir que su segundo ayudante muriese, cuando intentó matarme mientras yo viajaba al país de las Amazonas. ¿Quiere una noticia interesante, Schanek? Amazonas, suoritas y pigmeos, han firmado la paz. Ya no habrá

más guerras entre esos pueblos. ¿Lo comprende ahora?

—No son más que salvajes —dijo despectivamente—. El único que tenía una pistola, consumió toda su munición. Los demás, lanzas, arcos flechas..., ¡bah, tonterías!

—Schanek, dé la orden de ataque —dijo Rutlane entre dientes—. No he venido aquí sólo para escuchar un diálogo estúpido.

—Un momento señor —respondió el aludido—. Gander, quiero darle una oportunidad. Únase a nosotros. Tendrá grandes ventajas, se lo aseguro.

—Claro, cuando el hombre que está a su lado, Rutlane, sea nombrado presidente del Gran Consejo, merced al dinero que ha ido derrochando, gracias a los diamantes que conseguía en Ur-Ki. No se puede negar que usted y Rutlane no sean pacientes; han actuado sigilosamente durante veinte años, pero sus planes han sido descubiertos ya y, aunque admito que estaban a punto de triunfar, ahora están completamente derrotados.

—¿Lo cree así? —rió Schanek—. Bien, dentro de unos momentos se verá quién es el ganador y quién el vencedor. ¡Adelante!

Los soldados avanzaron en cuatro direcciones, desplegándose con sus pistolas solares a punto. Pero en el mismo instante, se oyó un extraño sonido.

Gander había hecho una señal con la mano. Miles de arcos dispararon sus flechas al mismo tiempo, desde todos los puntos del círculo de vegetación que rodeaba el claro herboso. Aunque muchas de las flechas quedaron cortas, otras, en cambio, alcanzaron a algunos de los soldados, produciendo en los demás el natural desconcierto.

Al mismo tiempo, otros arcos especiales, de tamaño muy superior y montados en unos rudimentarios ajustes contruidos con troncos, dispararon enormes flechas, que eran igualmente troncos de quince centímetros de grueso por casi cuatro metros de longitud.

El silbido que producían las flechas gigantes al volar por el aire resultaba sencillamente aterrador. Pero no iban dirigidas a los hombres, sino a determinados puntos de la estructura de la nave.

Aquellos enormes troncos golpearon rudamente en los costados de la nave, rebotando con enorme estruendo. Otros, en cambio, penetraron a través de las aberturas, alcanzando delgadas planchas y delicadísimos instrumentos de control, que quedaron irremisiblemente averiados, cuando no destruidos.

Gander hizo otra señal con la mano.

Miles y miles de combatientes de ambos sexos avanzaron inexorablemente hacia los soldados. Las flechas volaban incesantemente, en espesas bandadas. La moral de los hombres de Schanek se derrumbó muy pronto.

Los que no estaban heridos, corrieron a refugiarse en la nave. Rutlane bramaba de ira.

—Capitán, despegue inmediatamente —aulló.

—¡No puedo, señor! —contestó Ulanthor.

Rutlane se volvió hacia el pelirrojo.

—¿Cómo ha dicho?

—Señor, las cuatro escotillas están averiadas. Ninguna nave puede despegar mientras haya una escotilla abierta.

—Gander lo sabía —adivinó Rutlane, pálido como un difunto.

—Maldición, debí haberle roto el cuello, en lugar de expulsarle simplemente...

—Es tarde ya para lamentaciones —dijo Rutlane fríamente—. Voy a parlamentar con Gander.

Las ideas de Schanek eran muy distintas.

Ciego de ira, enfurecido por el fracaso, avanzó enloquecido al encuentro del hombre que había derrumbado sus planes. Llevaba en la mano una pistola solar y apuntó hacia el terrestre con todo cuidado.

En el mismo momento, tres arcos dispararon sus respectivas flechas.

Los tres proyectiles alcanzaron su blanco. K'vig, Hrilía e Ywaót no eran considerados en vano como los mejores tiradores de sus respectivos pueblos.

La fecha de K'vig, además, era enorme, adecuada a su tamaño corporal: medía metro y medio y el grosor de su astil era superior a los dos centímetros. El-pesado proyectil entró por el centro del pecho y asomó por la espalda, «tras romper literalmente en dos la columna vertebral del sujeto.

Schanek dio un tremendo salto. Cuando cayó al suelo, con las tres flechas clavadas en su cuerpo, estaba muerto.

En aquel momento, se oyó un atronador griterío.

Una segunda nave descendía de las alturas, dirigiéndose rectamente al claro.

Gander oyó las voces y levantó la cabeza. Asombrada, Myrthis le vio sonreír.

—Por fin —dijo el joven, vivamente satisfecho.

* * *

Los abatidos tripulantes de la *Spacegull*, con su capitán al frente, y los soldados supervivientes, formaban en varias filas, custodiados celosamente por nativos de Ur-Ki, pertenecientes sin distinción a los tres pueblos.

Simón Rutlane estaba al frente del grupo, algo separado de sus secuaces. Frente a él, había una mujer de mediana edad, todavía hermosa, ataviada con negros ropajes, los cuales estaban adornados con una greca de tela dorada.

—Soy Hilde Gwaran —se presentó la mujer—. Creo que nos conocemos, Simón Rutlane.

El aludido hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—El Gran Consejo ha tardado muchos años en tener pruebas de tus criminales actividades —continuó Hilde—. Se sabía lo que hacías, pero no se te podía probar. Ahora, al fin, has podido ser sorprendido in fraganti. Lo lastimoso es que algunos, alucinados por tus promesas, hayan perdido sus vidas. Eso es algo que también se te tendrá en cuenta.

—Necesito un defensor...

—El Gran Consejo me ha nombrado juez, con atribuciones absolutas —declaró ella—. Las pruebas, por otra parte, son abrumadoras. Simón Rutlane, antes de dictar sentencia, puedes alegar lo que gustes en tu favor.

—Todo lo que diga será inútil —contestó desanimadamente.

—Está bien —dijo Hilde—. Estás acusado de haber provocado disturbios en Ur-Ki, con fines propios, que no tenían nada que ver con tu cargo de gobernador del XVI Distrito Galáctico. Para ello, hiciste que unas gentes sencillas y poco o nada belicosas, se enzarzaran casi continuamente en mortales batallas, creando odios y resentimientos entre ellos.

»Tu principal colaborador era un hombre que ya ha recibido su merecido castigo. Mientras Schanek envenenaba a los pigmeos, haciéndoles ingerir las

semillas de la hierba roja, ocultaba, al mismo tiempo a los suoritas, el proceso de elaboración del vino, y ello no por filantropía, sino porque no le convenía un pueblo de ebrios. Igualmente, Schanek fue el que ideó las expediciones de los suoritas, en busca de esclavos para la mina de diamantes, con los cuales financiabas tus ilegales actividades. Tu ambición y tu codicia han sido la causa de la muerte de millares de seres inocentes. Por tanto, mi sentencia tiene que ser dura..., pero la dejo en manos de los propios interesados, es decir, de los más perjudicados por tus acciones.

Gander aplaudió íntimamente la decisión de la juez. Hilde se volvió hacia los jefes de los tres pueblos.

—A vosotros os corresponde dictar sentencia —concluyó.

Hrilia hizo un gesto con la mano y se apartó del grupo, con K'vig e Ywaót. Los tres conferenciaron durante algunos minutos.

Luego, regresaron al improvisado tribunal.

—Estamos de acuerdo en la culpabilidad de Rutlane —anunció Ywaót.

—Morir de un flechazo es poco para ese sujeto —dijo Hrilia.

—Ya no hay gente que trabaje en el Gran Pozo —manifestó K'vig—. En realidad, a nosotros los diamantes no nos sirven para nada. Pero puede que obtengamos algunos beneficios con su venta en donde tú digas.

—Seguro —sonrió Hilde—. El Gran Consejo se encargará de ello. Pero ¿hay más?

—Rutlane trabajará solo, en el Gran Pozo, aunque convenientemente vigilado, mientras viva. Esta es la sentencia de los jefes de los tres pueblos.

—Es la sentencia —dijo Ywaót.

—Y yo la confirmo —añadió Hrilia.

—Por mi parte, tengo que decir algo —manifestó la juez—. Vuestra sentencia, aunque ya aprobada, debe ser corregida en parte. Durante cinco años, Rutlane no trabajará solo. ¡Ex capitán Ulanthor!

Los guardias que acompañaban a Hilde empujaron al astronauta.

—Perdón, señora... —gimió abyectamente el pelirrojo.

—Cinco años de trabajos forzados en el Gran Pozo —decretó Hilde, tajante

—. Una vez cumplido ese plazo, serás deportado de Ur-Ki y jamás podrás volver a mandar una astronave. ¡Por mi boca, ha hablado el Gran Consejo!

Varios nativos se llevaron a los prisioneros. Los tripulantes de la *Spacegull* y los mercenarios aguardaban pacientemente a un lado, algo más tranquilos al saber que, en el peor de los casos, recibirían unas penas mucho más leves, pero, con seguridad, lejos de Ur-Ki.

La tensión se relajó. Hilde miró a Gander y sonrió.

—Lo has hecho muy bien —dijo—. Tu llamada tardó mucho en llegar, aunque yo sospecho que fue más bien cosa de la burocracia.

—Es probable —convino el joven tranquilamente—. De todos modos, ha llegado y eso es lo que importa.

—¿Qué llamada? —exclamó Myrthis, intrigada, como todos los restantes.

Hilde fijó la vista en la muchacha.

—¿Quién es, Chick? —preguntó.

Gander pasó un brazo por los hombros de Myrthis.

—Mi futura esposa, es decir, si tú, como juez galáctico, consientes en casarnos —dijo.

—Vaya, qué sorpresa —rió Hilde—. Nunca pensé que...

—Algún día tenía que ser, madre.

Myrthis respingó.

—¿Tu... madre?

—Sí —contestó Hilde—. No puedes imaginarte lo que he sufrido, pensando en los peligros que podía correr aquí, como agente especial del Gran Consejo. Pero alguien tenía que hacerlo, muchacha. El Gran Consejo no puede permitir que nadie perturbe la paz interna de los planetas que pertenecen a su Supersector Galáctico.

Hilde lanzó un profundo suspiro.

—Pero no es posible dedicarse a la política y querer, al mismo tiempo, hacer vida de familia —añó—. Confieso que en este aspecto he sido un poco descuidada y...

—No hablemos de eso, madre —cortó Gander—. Tu vida es la política y un día serás presidente del Gran Consejo. Y Myrthis y yo, y nuestros amigos, nos alegraremos mucho de que sea así.

—Pero, no entiendo —terció Myrthis—. Ella se llama Owaran y no Gander...

—El padre de Chick murió cuando él tenía muy pocos años. Yo me casé cuatro o cinco después —explicó Hilde.

—Ahora ya entiendo. Pero, ¿y la llamada?

—Schanek tenía un transmisor portátil subespacial, de alcance prácticamente ilimitado, y yo *se* lo robé y escondí, dejándolo en funcionamiento, con una grabación en la que narraba sucintamente lo que sucedía en Ur-Ki —dijo Gander—. Tarde o temprano, alguna patrulla tendría que captar esa llamada.

—Todo aclarado —sonrió Myrthis—. Bien, ¿qué es lo que falta ahora?

—Una boda —dijo Hilde.

Minutos más tarde, hizo una pregunta a Gander.

—¿Qué harás ahora?

Gander sonrió. Agitó la mano y Byzar y Myrthina vinieron con un caballo octópodo, sobre cuya grupa se veían algunos bultos.

—Madre, me quedo en Ur-Ki —dijo el joven—. Aquí hay mucho trabajo por hacer, pero, sobre todo, lo más importante es continuar manteniendo la paz.

Agarró a Myrthis por la cintura y la puso sobre los lomos de la bestia.

—Supongo que algún día vendréis a visitarme... con vuestros nietos —dijo Hilde, un tanto melancólicamente.

—Algún día, en efecto —contestó Gander.

Minutos después, la pareja se perdía en la espesura de la floresta.

FIN